

VACACIONES EN LA TIERRA

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



VACACIONES EN LA TIERRA

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

559— El robot que quiso ser rey, *Glenn Parrish*

560— El peligro latente de Mhurg, *A. Thorkent*

561— Prodigio en Kronkay, *Kellton McIntire*

562— Colisión de tiempos, *Clark Carrados*

563— Un agujero en el espacio, *A. Thorkent*

LOU CARRIGAN

VACACIONES EN LA TIERRA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 564

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 13.386-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1a edición: junio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Año 2052.

Todo está en orden.

Las veinte mil ciudades satélites del planeta Tierra permanecen en sus puestos del espacio, inmóviles, a cincuenta mil kilómetros del redondo y azul pedrusco donde se originó la vida. En cada ciudad satélite, un promedio de quinientos mil habitantes llevan una vida cómoda, confortable, pacífica y de gran progreso evolutivo. Las guerras terminaron hace tiempo, sólo están recordadas en las computadoras de la historia.

La historia. Algo para no olvidar. Tolerarla, pero no olvidarla, porque una de las máximas de la nueva forma de vida no ha variado: aquella que dice que la historia se repite. Así pues, conviene tener bien presente la historia, precisamente para evitar que se repita.

Veinte mil ciudades, a razón de quinientos mil habitantes, son diez mil millones de habitantes en total. Las matemáticas permanecen inalterables, al menos en cuestiones tan sencillas como el arcaico procedimiento llamado multiplicación. Veinte mil por quinientos mil, diez mil millones. Inobjetable.

Diez mil millones de terrestres que ya no viven en la Tierra. No hay sitio. O habitantes, o alimentos. La decisión no parecía encajar en discusión posible: la Tierra debía ser destinada exclusivamente a despensa de los terrestres. Así pues, aprovechando la gran técnica de la primera década del siglo XXI se construyeron ciudades satélites que son lanzadas al espacio, como enormes huevos de cáscara cristalina. Dentro de cada huevo, una ciudad perfecta, formidablemente urbanizada. En cada ciudad, hay de todo. Nada de lo que el hombre de las ciudades artificiales pueda necesitar ha sido omitido.

Hay de todo, absolutamente de todo…, menos *tierra.* Pura y simple *tierra.* De eso no hay en ninguna ciudad aeroterrestre, salvo en las escuelas de presencia física, a la que los niños acuden una vez por semana; el resto de la enseñanza la reciben por medio de la gran pantalla de cultuvisión que hay en *todos* los hogares.

En las escuelas de presencia física los niños pueden ver tierra en pequeñas probetas, que periódicamente son destapadas, y vertida la tierra sobre láminas de cristal. Pequeñas manos curiosas pueden entonces tocar la tierra, sentirla entre sus dedos, tener una idea más o menos exacta de cómo es el lugar del que procede toda la vida que se conoce en las ciudades artificiales. Por lo demás, todo está construido en cristal y una moderna aleación de aluminio. Todo sólido, aséptico, casi eterno.

Pero no es *tierra.*

Así pues, tampoco hay vida vegetal en las ciudades artificiales. El aire es producido ya puro por los grandes generadores ubicados en la parte inferior del huevo de cristal, donde también se generan todos los demás servicios. La parte inferior del huevo es como un enorme taller. La parte superior se curva entre la ciudad construida en una plataforma y el siempre negro cielo donde lucen las estrellas, pero no el sol. No hay ni una partícula de aire alrededor de cada huevo, de cada ciudad, de modo que tampoco puede haber luz solar, que se reflejaría en esas partículas de aire.

Sin embargo, cada ciudad es como una diminuta estrella en el espacio, rebosante de luz producida por sí misma, por la técnica del hombre terrestre que se vio obligado a abandonar la Tierra a principios de siglo. Veinte mil enormes ciudades, de no menos de diez kilómetros de diámetro cada una permanecen pues, en el espacio, a la corta distancia de cincuenta mil kilómetros de la Tierra, desde donde pueden ser contempladas como estrellas que, paradójicamente, parecen más grandes que las auténticas estrellas del siempre inalcanzable firmamento. Porque el hombre ya se ha convencido de que jamás llegará al firmamento lejano. Viaja, recorre distancias que un siglo atrás no podían ni siquiera ser pensadas, pero, precisamente, cuanto más viaja, cuanto más lejos llega, más se convence de que *jamás* llegará al lugar desde el que pueda decir que ve todo él firmamento. Por lo tanto, sigue estudiándolo, pero sosegadamente, más sabiamente.

—Y sin embargo —dijo de pronto Derek Claydexter—, tiene que haber un final en alguna parte. O un principio. ¿Qué te parece?

Tendida en el colchón de aire caliente, la hermosa muchacha de cabellos negrísimos, que se estaba contemplando desnuda en el gran espejo del techo, desvió la mirada hacia el ventanal abierto a la gran terraza del ático ocupado por Derek Claydexter. —¿Me lo

preguntas a mí, Derek?

Este, situado desnudo ante el potentísimo telescopio electrónico instalado en la terraza, terminó de volverse hacia el interior del dormitorio, vio a la muchacha alzada sobre un codo, y sonrió. Natalie era preciosa. Una escultura, cuya perfección alcanzaba su máxima expresión en los senos, de oscuro y prominente pezón.

—Naturalmente —asintió Derek.

—Bueno... Ya sabes que yo no entiendo demasiado de eso. Lo mío es la nutriciencia.

—Lo sé. Pero también sé que tienes buenas nociones de Astromáticas, como todo el mundo.

—Cierto —admitió la muchacha—. Pero mis nociones no alcanzan, ni de lejos, la base suficiente para discutir de esas cosas con un profesor de Astromáticas ¿Puedes comprender eso, Derek?

Este volvió a sonreír, y entró en el dormitorio, acercándose al colchón de aire. Se sentó en el borde y pasó una mano por una mejilla de la muchacha.

—Puedo comprenderlo perfectamente —asintió—. La verdad es que hablaba más conmigo mismo que contigo.

—Seguramente alcanzarás más satisfacción de ese modo —rió Natalie—, pero, ciertamente, no progresarás. Y tampoco progresarás en tus conocimientos de Astromáticas conversando conmigo. Sería mejor que lo hicieses con tu profesor.

—La idea es correcta —aceptó Derek—, pero no creo que mi amado profesor aceptase venirse a la cama conmigo.

—¡Quién sabe! —rió Natalie.

—Ah, ah —movió Derek la cabeza—. Es demasiado viejo incluso para gozar del sexo homosexualmente si me permites la expresión. Eso aparte, la homosexualidad no forma parte de mis constantes vitales. Eso lo dijo la computadora anatómica, y además lo digo yo… En fin, estas tú aquí, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—¿Cómo que lo crees...? ¿Estás o no estás?

—Yo creo que sí, pero tú pareces haberlo olvidado. Me has

dejado en la cama y te has ido a contemplar estrellas. A veces pienso que no deberíamos insistir en vivir como se vivía en la Tierra, esto es, teniendo día y teniendo noche: no deberían apagarse las luces de la ciudad en ningún momento, y así, nuestro propio resplandor te impediría ver las estrellas.

—¡Eso es una barbaridad! —protestó Derek.

—Sí, es verdad —suspiró Natalie—. Pero, Derek yo vine a tu casa para gozar del sexo, no de las estrellas.

—¿Y no has gozado?

—Sí, pero... me gustaría gozar más.

—Bueno —sonrió Derek Claydexter—, puedo darte una noticia más bien satisfactoria: el rato que he permanecido contemplando las estrellas ha sido suficiente para regenerar mis potencias físicas. No sé si me comprendes.

—¡Claro que te comprendo! —rió Natalie, abriendo los brazos mientras se dejaba caer de espaldas.

El alto, atlético, rubio, hermoso, inteligente profesor de Astromáticas Derek Claydexter estuvo unos segundos contemplando el hermoso cuerpo de Natalie... Natalie... Natalie, ¿qué más? No lo recordaba. La había conocido aquella tarde en una videoteca. Se habían mirado, se habían sonreído, y ella se había acercado al poco rato a él, cuando terminaba de consultar unos datos en uno de los visores.

—Hola —le saludó, sonriente—. ¿Has terminado?

—Prácticamente —asintió Derek—. Sólo tengo que tomar unas notas y estaré listo.

—Yo ya he terminado. ¿Quieres que te espere?

—Me agradaría.

Ella le había esperado tranquilamente apenas diez minutos. Habían salido juntos de la videoteca, tomados de la mano. Y una vez en el «electrocar» de Derek, éste había preguntado:

—¿Adonde quieres que vayamos?

—Si vives solo me gustaría ir contigo a tu apartamento, para disfrutar un poco. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno. ¿A qué te dedicas?

—A la nutriciencia.

—Ah, muy interesante. Yo soy astromático.

—¡Eso es terrible! —rió Natalie—. ¡Debes tener que trabajar por las noches!

—Sí. Pero no siempre.

Habían charlado durante el trayecto, se habían dicho sus nombres. Natalie... Natalie... ¡No conseguía recordarlo! Pero ya no importaba. Natalie había resultado una amadora excelente, que sabía participar con pleno entusiasmo, y había obtenido varios orgasmos en la primera sesión. Pese a lo cual, estaba dispuesta a continuar obteniendo placer de su cuerpo. Normal y lógico. Sin embargo, había algo que no acababa de gustar demasiado a Derek Claydexter respecto a la sexualidad de la muchacha: era demasiado *técnica.* Evidentemente, había asistido a una escuela sexual a la edad reglamentaria, y había sabido aprovechar muy bien las enseñanzas sobre el sexo en todos los sentidos. Pero... era demasiado *técnica.* Bueno, como todos, claro. Pero a veces, Derek pensaba que le gustaría que alguna de las muchachas con las que intercambiaba placer fuese menos... académica.

—¿Qué estás esperando? —susurró Natalie—. ¿Por qué me miras así?

Derek Claydexter era demasiado amable y cortés para decir la verdad, así que replicó:

—Estoy gozando de tu presencia y de tu aspecto. Eres muy hermosa y satisfactoria, Natalie.

—Bueno, pues ven a obtener satisfacción —rió ella.

Derek se tendió junto a la muchacha, y la besó en los pechos y en la boca, siendo correspondido correctísimamente. Tardaron muy poco en endurecerse los senos de Natalie y la naturaleza viril de Derek, y entonces, sin dejar dé acariciarse y de besarse, realizaron el acoplamiento. Natalie suspiró muy satisfecha, felicísima, cuando Derek la penetró poderosamente.

—¡Eres tan gentil...! —exclamó cálidamente.

Derek Claydexter fue muy gentil con Natalie, que de nuevo obtuvo varios placeres, a cual más satisfactorio, naturalmente correspondiendo a Derek en forma altamente perfecta y agradable. Ambos estaban en la edad perfecta para gozar del sexo

plenamente: dieciocho años Natalie, veinticinco Derek. Perfecto. Todo en orden.

Por fin Natalie suspiró, y tras dar un beso en la barbilla a Derek, dijo:

—Casi te diría que eres el mejor hombre que he gozado desde que me inicié.

—Eres muy amable —sonrió Derek.

—Tú también —rió ella— ¿Querrás que volvamos a vernos de cuando en cuando?

—Me gustaría, pero la verdad es que estoy esperando mi autorización para ir de vacaciones.

Natalie se sentó en la cama de un salto, haciendo brincar sus preciosos pechos.

—¿A la tierra? —exclamó, casi gritó, — ¿Vas a ir a la tierra?

—Así es —se mostró satisfechísimo Derek.

—¡Pero eso es maravilloso…! ¿Cómo lo has conseguido? ¡Oh no me lo digas! ¡Naturalmente, has destacado en tu trabajo, así que te han concedido el Premio!

—En efecto…, dicho sea con toda modestia.

—¡A la tierra! —suspiró Natalie—. ¡Cuanto me gustaría poder ir a la Tierra!

—En un momento u otro de tu vida conseguirás algo importante en tu trabajo, y entonces te concederán el premio de vacaciones.

—¿Y si jamás destaco en mi trabajo?

—Bueno hay muchas personas que nunca en su vida van a la tierra, Natalie. Nacen y mueren aquí sin haber pisado el planeta madre. Aunque deberíamos decir planeta padre, ¿no crees? Bueno, vamos a dejarlo en el planeta hermafrodita.

—¡Eres realmente curioso y simpático, Derek! —rió Natalie —. Supongo que no podrías llevarme contigo de vacaciones.

—Imposible. Y lo sabes muy bien: los controles son rigurosísimos. Y no sólo eso, sino que los pasajes son expedidos directamente por el Gobernador de la ciudad, y a título personal.

—Sí, claro... ¡Qué lástima, con lo que me gustaría ir de vacaciones! En fin, quizá lo consiga algún día. ¿Cuándo te vas?

—Estoy esperando la autorización de un momento a otro. Quizá hoy, tal vez mañana, posiblemente dentro de una semana... Lo máximo dentro de una semana.

—¿Me traerás un poco de tierra? —preguntó ella, maliciosamente.

—Sabes muy bien que está prohibido. Oye, un momento: ¿no serás una agente del SSS que me está provocando y sonsacando? [1]

—¡Cielos! —rió Natalie—. ¿Cómo puedes pensar semejante cosa de mí, de una chica tan linda e inofensiva...?

—Las chicas del SSS —sonrió Derek— son todas lindas... y de apariencia inofensiva, pero resultan en definitiva unos huesos muy duros de roer.

—¿Me estás llamando *hueso*? —protestó Natalie, regocijada.

—No, si no eres una SSS... ¿Lo eres?

—No. De verdad: no.

—Entonces, ¿que te parece si cerramos nuestra entrevista con otro placer y acto seguido cada uno se retira a descansar?

—Es una sugerencia encantadora. ¡Eres muy vigoroso, Derek!

¡Vigoroso!, pensó Derek Claydexter. ¡Vigoroso! ¡vaya una manera de clasificar a un hombre! Nada de atento, complaciente, satisfactorio, imaginativo, delicado, apasionado incluso... No, nada de esto. ¡Vigoroso!

Natalie se marchó cuando faltaban seis minutos para que se encendieran en la ciudad las luces que indicaban el nuevo día. Sentado en la terraza de su ático, ya a solas, Derek Claydexter pensó en cómo sería el amanecer en la Tierra... El día no aparecía súbitamente, sino que iba *naciendo* muy despacio. En la edad escolar, todos veían películas de la Tierra: los animales que había en ella, las plantas, los grandiosos sembrados de cereales, legumbres, frutas de toda clase, hortalizas... Y peces. Y aves. Allá abajo, todo era aprovechado para, abastecer al hombre, más o menos como siempre había sido: la Tierra abastecía al hombre de todo. Ahora, «allá abajo» sólo había quedado prácticamente lo que servía de alimento a las veinte mil ciudades. Pero ya no se

comía como un siglo atrás. Ahora, todo llegaba a las ciudades convertido en extractos y píldoras… En enormes factorías subterráneas, que naturalmente, funcionaban con energía solar exclusivamente, a fin de no volver a pudrir los recursos naturales de la Tierra, todo era asépticamente manufacturado: frutas, carnes, legumbres, pescado… Todo era enviado en enormes naves descargaban en la parte inferior del huevo de cristal que contenía una ciudad con medio millón de habitantes.

Así que todo cuanto se sabía de los orígenes de los alimentos y bebidas o jugos, lo sabían por las películas. Derek, como todos, había visto muchas películas, y estaba convencido de que cuando fuese a la Tierra no se sentiría allí como un visitante de otro planeta, aturdido o desconcertado, sino que se sentiría «como en casa», ya que su información era abundante y certera. Cada vez que recordaba que en breve iría a la Tierra sentía un extraño desasosiego, como una emoción contenida.

Pero no por ver animales o plantas, sino por ver el día y la noche tal como habían sido creados en el principio del universo. Esa era su obsesión: ver en directo, in situ, cómo anochecía y cómo amanecía… Si era la mitad de hermoso a como aparecía en las películas, sólo por esto ya valía la pena ir a la Tierra.

Si es que iba realmente, alguna vez, porque en ocasiones pensaba que se habían olvidado de él, de su labor, de sus esfuerzos para aportar algo a las astromáticas; poca cosa, pero finalmente la había aportado, y había conseguido el premió. ¡El premio! ¡Él premio! El Gran Premio: vacaciones en la Tierra…

¿Y si se habían olvidado de él? ¿Se molestaría alguien en el Gobierno si él hacía una llamada interesándose por su pasaje…?

Justo esto estaba pensando Derek Claydexter cuando a sus oídos llegó el repiqueteo rítmico del telecomunicador de su vivienda. Abandonó rápidamente la terraza, hacia el pequeño cuarto de recepción y comunicaciones. El mensaje había terminado, ya no se oía el repiqueteo.

Y allá, en la blanca cinta de plástico, en grandes letras negras, estaba el mensaje:

DEREK CLAYDEXTER DE CIUDAD AVR-0046: PRESENTESE EN ESPACIOPUERTO 6 PARA PASAJEROS DIA DE HOY HORA ONCE PARA SALIR DE VACACIONES GANADAS POR SU

APORTACION ASTROMATICAS. LE DESEAMOS FELIZ Y PROVECHOSA ESTANCIA EN LA TIERRA. FIRMADO: GOBIERNO AVR 0046.

—Lo conseguí —tartamudeó Derek—. Lo conseguí, ya lo tengo, ya las tengo, ya tengo mis vacaciones... ¡Me voy de vacaciones a la *Tierra*!

CAPÍTULO II

—Señor Claydexter..., asiento 529.

—Muchas gracias —sonrió Derek, a la azafata—. ¡Es usted encantadora!

—Muy amable —rió la muchacha—. Pero, señor Claydexter, todo lo que he hecho ha sido indicarle su asiento en la nave.

—Pero es la nave que va a la Tierra, ¿no?

—En efecto.

—Pues lo repito: ¡es usted encantadora!

—Ya que insiste, le diré que usted también —volvió a reír la muchacha—. ¿Necesita instrucciones para el vuelo?

—¡Claro que no!

—Ah... Eso significa que no es la primera vez que va a la Tierra. ¡Es usted muy afortunado!

—Aclaremos dos puntos —alzó un dedo Derek—. Primero: sí es la *primera* vez que voy a la Tierra, pero me he preocupado al máximo de conocer todos los detalles del viaje, incluido, naturalmente, el vuelo, así que sin que ello signifique menospreciar sus instrucciones, no debe molestarse conmigo en ese sentido. Segundo —Derek alzó otro dedo—: Más afortunada es usted, que está viajando continuamente de AVR-0046 a la Tierra. ¿De acuerdo?

La muchacha, que le contemplaba boquiabierta, consiguió reaccionar por fin, sonriendo.

—¡No me lo diga! —exclamó—. ¡Usted ha obtenido el premio por sus aportaciones a la lingüística expresiva!

—Pues no —rió Derek—: soy astromático.

—¿De veras? —la muchacha iba de pasmo en pasmo—. Bueno, con seguridad nadie conoce la Astromática mejor que usted, señor Claydexter.

—Error, error —se escandalizó Derek—: quien mejor conoce las astromáticas en el Conjunto Orbital Ciudadano es mi maestro. Esto tiene lógica, ¿no le parece? Y usted ahora se preguntará: entonces, ¿por qué no es el maestro quien va de vacaciones? Pues, sencillamente, porque mi maestro ya ha ido muchas veces, y además, el hombre está digamos... muy cercano a la transición vital.

—¿Tan viejo es?

—Ha cumplido ya los ciento veintiocho años.

—¡Oh, entonces todavía tiene mucha esperanza de vida!

—Si no comete excesos, espero que, en efecto, la transición de mi amado maestro se haga esperar todavía bastantes años. Dígame la verdad: la estoy entreteniendo, ¿no es cierto?

—Francamente, sí —rió la muchacha—. Hay otros pasajeros esperando ser acomodados en la nave, así que, si me disculpa, ayudaré a mis compañeras a atenderlos. No obstante, durante el vuelo, me gustaría seguir conversando con usted, señor Claydexter. Podríamos ocupar una de las *box-loving* [2] si lo desea.

—¿Lo desea usted?

La azafata de servicios sonrió, y se alejó. Derek Claydexter ocupó por fin su asiento en la gigantesca nave capaz para mil pasajeros y que recorría los cincuenta mil kilómetros en un promedio de cinco horas.

Por la ventanilla de fibroacero transparente Derek se dedicó a contemplar al espectáculo que representaba el Espaciopuerto 6, destinado exclusivamente a pasajeros particulares, no todos, ciertamente, con destino a la Tierra. Era enorme, rutilante, iluminado completamente de punta a punta. El tráfico era continuo. Gente que iba a diversos planetas últimamente descubiertos, o a la Luna en viaje de estudios, o a orbitar alrededor de Marte, donde últimamente se aseguraba que la rudimentaria vida embrionaria se estaba desarrollando de un modo increíblemente rápido...

Había muchas de estas naves. Hacia la Tierra, sólo una mensual, aproximadamente.

Y él, Derek Claydexter, era uno de los afortunados que iba a la Tierra. ¡A la Tierra!

Oyó junto a él la voz de la linda azafata, y volvió la cabeza, sonriente por el gusto de ver de nuevo a la muchacha, y por cortesía hacia quien sería su compañero de vuelo, su vecino durante cinco horas.

—...asiento 530, señorita Marshannon.

—Gracias.

La azafata miró con cierta complicidad a Derek mientras la vecina de asiento ocupaba éste. Derek se había olvidado de la azafata en el acto, deslumbrado por la visión de la señorita Marshannon. Tenía los cabellos color ceniza, casi plateados, y un cuerpo magnífico, de rotundos senos bien marcados en la ropa. Acababa de sentarse haciendo oscilar su cabellera, y ahora Derek veía perfectamente su rostro, de perfil. Bellísima. Sus ojos eran grandes, de color parecido al del cabello. Asombroso.

—¿Qué tal? —saludó Derek—. ¿Le gustaría viajar junto a la ventanilla? No tengo inconveniente alguno en cambiar de asiento con usted, señorita Marshannon.

Mentía por todo lo alto, pero siempre había sido cortés y generoso, y no tenía por qué dejar de serlo ni siquiera privándose, de la visión del planeta madre a la llegada.

—No, gracias —replicó su vecina de asiento, sin mirarle.

—Entiendo: ya ha hecho el viaje otras veces, y el espectáculo ha dejado de impresionarle. En cambio, yo, es la primera vez que voy de vacaciones. Soy Derek Claydexter, astromático.

—¡Sí?

—Sí, de veras —se desconcertó Derek.

—Pues muy bien.

Derek cerró hoscamente la boca. ¡Vaya con la señorita Marshannon! No se podía decir que fuese simpática, desde luego. Bueno, peor para ella: las personas antipáticas no se soportan ni a sí mismas, de modo que ya tienen su propio castigo. Aunque era una lástima que la señorita Marshannon, tan bella, fuese

antipática.

Durante unos minutos, mientras el resto de los pasajeros eran acomodados en sus asientos anatómicos, Derek volvió a dedicar su atención al movimiento en el espaciopuerto. Siempre había naves más pequeñas que hacían el recorrido interciudades, con vistas a intercambios culturales de índole peculiar, como por ejemplo, las teorías raciales, resueltas al menos teóricamente, desde el mismo momento en que se lanzaron las ciudades al espacio, cada ciudad contenía solamente ejemplares de determinada raza. Ya no había contactos cotidianos... A cada raza se le había asignado una o varias ciudades, según el número de sus componentes, y así se había resuelto el problema. Los chinos con los chinos, los negros con los negros, los blancos con los blancos...

Lógico, pero quizá demasiado frío. Últimamente se había puesto en marcha la teoría de que si, originariamente, en el planeta madre habían estado juntas todas las razas, debió ser por algo... Algo natural, y se estaba estudiando qué podía ser esto, qué clase de equilibrio humano podía representar el hecho originario de que en la Tierra estuviesen mezcladas todas las razas.

Bueno, él era astromático, no humanista.

¡No había desayunado! Derek recordó esto de pronto. Había sentido tal emoción al recibir el comunicado de su viaje que se había olvidado por completo de alimentarse, ocupándose en terminar de preparar todas sus cosas, completando el equipaje que tenia listo hacía ya más de dos semanas.

—Y tengo hambre —dijo en voz alta.

La señorita Marshannon volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—¿Ha desayunado usted? —preguntó Derek amablemente.

—Por supuesto.

—Yo no. La emoción del viaje, ¿sabe?

Ella no contestó. Derek esperó en vano unos segundos frunció de nuevo el ceño, y abrió el portafolios de aleación de aluminio. La cuarta parte de este estaba destinado a alimentación, y el resto a objetos personales. Se quedó mirando su despensa para un mes: había de todo, por supuesto. Es decir, de todo cuanto el

organismo humano necesita para estar lógica y perfectamente alimentado.

En los alvéolos correspondientes, una docena de tubos también de aluminio, contenían suficiente cantidad de pastillas alimenticias para una persona durante treinta días… Derek estaba pensando qué iba a desayunar, casi almorzar, cuando se dio cuenta de que la señorita Marshannon estaba mirando hacia él. Volvió a mirarla. Bueno, ella no le miraba a él, sino al contenido de su portafolio de viaje.

—Si le viene de gusto... —ofreció.

—¿Son naturales o artificiales? —preguntó ella.

—¡Naturales, por supuesto! —exclamó Derek, mirándola sorprendido—. ¡Vaya una ocurrencia! Todos nos alimentamos con extractos de productos naturales de la Tierra, señorita Marshannon. ¿O no? Bueno, excepto los investigadores del espacio, claro esta. Pero eso es porque ellos están mucho tiempo viajando, y la conservación de los alimentos es más fácil en esas condiciones cuando son artificiales.

—Pensé que sus alimentos podían ser de la Biochemical Corporation.

—¿La qué?

—La Biochemical Corporation. ¿No sabe lo que es? —Pues... Oh, bueno, espere, creo que sí. ¿Es una de las empresas dedicadas a la fabricación de alimentos artificiales? —Exactamente.

—No, no. Mi aprovisionamiento es de origen natural. Ya le digo: extractos naturales. Me gustaría invitarla.

—Ya le he dicho que he desayunado, señor Claydexter.

—Usted perdone —casi gruñó Derek.

Eligió extractos de naranjas, de carne, y germen de trigo. Un desayuno opíparo, a decir verdad. ¿Qué sensación debía producir *comerse* una naranja? Miró de reojo a la señorita Marshannon, con cierta hostilidad. ¡Alimentos artificiales! ¡Pues vaya una compensación para un hombre que iba de vacaciones a la Tierra! De pronto, tuvo una idea: ¿y si la señorita Marshannon trabajaba para la Biochemical Corporation, y había querido saber qué tal se aceptaban sus productos en el mercado normal?

—¿A qué se dedica usted, señorita Marshannon? —pregunto

tras desayunar y cerrar su portafolios.

Ella le miró, parpadeó, y no dijo nada. En el momento en que Derek fruncía el ceño una vez más, todas las luces de la nave se apagaron, y apareció la iluminación suave del despegue, de color verde.

La nave comenzó a moverse, lentamente, girando sobre la suspensión de aire, orientando la proa hacia el túnel de despegue. No hacían falta voces indicadoras, todos sabían lo que significaba la luz verde, que se extendía dulcemente por todo el interior de la nave. Esta penetró en el túnel de despegue, y Derek accionó los mandos del pequeño visor colocado en el respaldo del asiento situado frente al suyo.

Aparecieron las imágenes del largo túnel también iluminado en verde, por el que la nave se deslizaba todavía lentamente. En el extremo apareció de pronto la cubierta de cristal lentamente. En el extremo apareció de pronto la cubierta de cristal de acero del enorme huevo espacial que era la ciudad AVR-0046. Parte de esa cubierta se alzó, siguiendo la curvatura apenas perceptible, dado el enorme volumen del huevo. La nave se detuvo entonces completamente. Tres segundos más tarde, hubo una leve vibración, y el colosal aparato salió disparado por el túnel hacia la salida...

Un minuto más tarde, estaban viajando por el espacio a la velocidad de crucero oficial.

Todo en orden.

La luz verde se apagó, siendo sustituida por la luz normal. Sí, señor, todo en orden, ningún problema.

—¡Bueno...! —exclamó Derek alegremente—. ¡Ahora sí me lo creo, voy de vacaciones a la Tierra! Dentro de cinco horas estaremos en el puerto espacial del centro de América Norte... Dígame, señorita Marshannon: ¿adonde piensa dirigirse desde América Norte? ¿Quizá se quedará en el mismo continente americano?

—Señor Claydexter —le miró fríamente la muchacha—, soy persona poco habladora. Le ruego que lo tenga en cuenta, por favor.

—Emmm... Oh, sí, por supuesto. Bueno, mi intención... Lo siento de veras, perdóneme.

Se sumió en el silencio. Pero, ¿qué demonios! Por muy bonita que fuese la señorita Marshannon no le iba a amargar el viaje con su mal carácter, ni mucho menos. ¡Que se fuese al cuerno! Alrededor todo eran conversaciones alegres, y Derek se dedicó a escuchar, sonriendo cada vez que alguien reía.

Todo en orden, todo perfecto. Si la señorita Marshannon no sentía alegría por ir de vacaciones a la Tierra, era cosa suya. La miró de reojo. Ella había abierto su propio portafolios, y tenía ahora en las manos una pequeña grabadora por teclado, que se utilizaban cuando no se quería hablar. Se tecleaba como en una de las antiguas máquinas de escribir, y el mensaje, o recordatorio, o lo que fuese, quedaba grabado. Curioso, intentó leer lo que la señorita Marshannon dictaba, pero los finos dedos de la muchacha se movían sobre el diminuto teclado a una velocidad que él no podía controlar. Debía ser una experta, naturalmente. ¿Una secretaria? ¡Hombre, claro, una secretaria de la Biochemical Corporation...! Al cuerno con ella.

La señorita Marshannon estuvo tecleando un par de minutos. Luego cerró el portafolios, que quedó sobre su regazo; echó hacia atrás el asiento anatómico y cerró los ojos. Derek estuvo a punto de lanzar una exclamación, pero en seguida pensó que, realmente, las tres primeras horas de viaje no ofrecían nada especial. Vaya, quizá la señorita Marshannon tuviera razón, y fuese conveniente llegar descansado a la Tierra. Sí, era una buena idea, así que se dispuso a imitarla...

—Señor Claydexter...

Miró hacia el pasillo. La azafata le sonreía, con un gesto invitador. La señorita Marshannon había abierto los ojos, y la miraba especulativamente.

—¡Hola! —exclamó Derek—. ¿Todo va bien?

—Por supuesto. Si desea lo que antes hablamos le acompañaré con mucho gusto.

Derek parpadeó. ¿Dormir o gozar? Rápidamente, calculó cual era su esperanza de vida: unos ciento cincuenta años. Después... el sueño eterno, la transición. Dispondría de todo el tiempo del universo para dormir.

—Ha sido usted muy amable al recordármelo, señorita —dijo poniéndose en pie—. Muchas gracias... ¿Me permite, señorita Marshannon? Gracias... Perdone.

Salió al pasillo, un tanto molesto por la mirada levemente irónica de la señorita Marshannon. ¡Al cuerno con ella! Siguió a la azafata por el pasillo central, cruzaron la videoteca, luego el salón de recreo, y llegaron a la discreta zona de las *box-loving,* en una de las cuales entraban en aquel momento un hombre y una mujer, riendo. La azafata abrió una de las cabinas, entró, se volvió, y se quedó mirando a Derek, que entró en seguida. Ella cerró la puerta, se colgó de su cuello, y dijo, en un susurro:

—Me llamo Caroline...

—Encantado, Caroline.

Se besaron en la boca, largamente. Caroline tenía un cuerpo cálido y prieto, que Derek percibía a través de la ropa... Ella se apartó lentamente, y dijo:

—Estaríamos mejor desnudos, señor Claydexter.

—Sin duda.

Se desnudaron. Volvieron a besarse. Las manos de Derek recorrían el turgente cuerpo de la muchacha, de formas magníficas, espléndidas. Le acarició los pechos, que muy pronto manifestaron la dureza del deseo. Ella también le acariciaba a él, que también estaba en plena evidencia masculina...

Caroline separó su boca de la de él unos pocos centímetros, y susurró:

—Besas muy bien...

—Naturalmente. A todos nos han enseñado a hacerlo.

—Espero —rió ella— que todo lo hayas aprendido tan bien.

—Probemos.

Minutos más tarde, en el confortable lecho de aire, Derek penetraba a Caroline, que inmediatamente comenzó a gemir de placer, y no tardó en poner de relieve sus conocimientos de goce sexual y su gran capacidad para este placer. Era una muchacha muy satisfactoria.

Todo en orden.

Y él no tenía nada mejor que hacer, durante las tres primeras horas de viaje, que gozar y hacer gozar...

* * *

En su asiento, la señorita Marshannon estaba mirando su reloj. Calculó que había pasado el tiempo suficiente, enderezó el asiento, se puso en pie, y salió al pasillo llevando su portafolios en la mano izquierda.

A ambos lados del pasillo, los asientos, muy discretamente instalados de dos en dos, casi formando pequeñas cabinas, cuyo interior sólo podía verse precisamente desde el pasillo. La señorita Marshannon recorrió éste muy lentamente, mirando a derecha e izquierda, examinando brevemente los rostros de las personas que ocupaban las parejas de asientos.

Se detuvo de pronto al ver a los dos hombres que ocupaban una de las parejas de asientos. Los dos hombres, que estaban conversando en voz baja, captaron su presencia, y la miraron a la vez. Eran dos hombres casi pelirrojos, pero ambos tenían los ojos oscuros. Muy oscuros, como en un intento de superar el negro.

Y de pronto, al ver a la señorita Marshannon en el pasillo mirándolos, ocurrió algo sorprendente: los ojos de los hombres dejaron de ser negros súbitamente y tomaron una coloración roja. Fue un cambio en verdad pasmoso, alucinante; como si dos pequeñas bombillas rojas se hubieran encendido en ambos rostros. Casi pavoroso. Pero la señorita Marshannon no se asustó en absoluto; ni siquiera se sobresaltó, o se sorprendió.

Simplemente, orientó el canto de su portafolios hacia uno de los hombres, y con la mano derecha apretó en el cierre. Un delgadísimo rayo amarillento, parecido al de la luz de la nave, partió del canto del portafolios, y se hundió en el pecho de uno de los hombres, le penetró como si fuese una aguja.

En el acto, el hombre desapareció.

El otro, cuyos ojos tenían una tonalidad roja todavía más intensa, había comenzado a incorporarse, pero otro rayo amarillento partió del portafolios de la señorita Marshannon, y también el segundo hombre desapareció.

Simplemente, desapareció, dejando, como el otro, apenas un dibujo en el asiento; más bien, como una casi invisible capa de polvo.

Sin alterarse en absoluto, la señorita Marshannon entró en el hueco de la pareja de asientos, directa hacia el negro portafolios colocado en el suelo, junto al casco de la nave, donde habían

estado los pies del hombre que había viajado junto a la ventanilla. Agarró el portafolios, lo puso sobre la leve capa de polvo del nombre desaparecido, y tras un par de intentos muy suaves, lo abrió. Alzó la bandeja que contenía objetos de uso corriente, y se quedó mirando, en el doble fondo, las tres hileras de tubos de cristal ordenadamente dispuestos.

Tomó uno de los tubos y lo acercó a sus ojos, en los que brillaba el interés por el contenido. Un contenido negro y móvil. Diminutos puntitos negros se movían sin cesar dentro del tubo. Eso era todo.

La señorita Marshannon metió este tubo dentro de su portafolios, cerró el otro, y lo dejó donde lo había encontrado. Salió al pasillo, y apenas había dado dos pasos cuando vio caminar hacia ella a dos hombres, de ojos negrísimos. Tras un contenido escalofrío que recorrió su hermoso cuerpo, la señorita Marshannon dio media vuelta, como para dirigirse hacia el otro lado del pasillo... Palideció ligeramente al ver a otros dos hombres, de ojos igualmente negrísimos.

Dio de nuevo la vuelta, y se encaminó, resuelta, hacia los dos primeros hombres, es decir, hacia la zona donde estaba el asiento 530, el suyo.

Los dos hombres se habían detenido. Ella llegó ante ellos, y, sin mirarlos, pasó entre ambos. Sintió en su nuca las miradas, pero siguió adelante sin volverse, hacia su asiento..., cruzándose un poco más allá con otros dos hombres de ojos negrísimos.

«¡Dios...! —pensó la señorita Marshannon—. ¡La nave está llena de ellos!»

Sabiendo que su rostro evidenciaba cierta palidez, la señorita Marshannon continuó caminando, oyendo risas y conversaciones a su alrededor. ¿Cómo podían haberse introducido tantos de ellos en la nave? Parecía imposible, pues el control era rigurosísimo para los viajes a la Tierra, pero allá estaban. Había visto seis... ¿Cuántos más debía haber viajado en la nave? ¿Seis más? ¿Cien? ¿Cuántos de ellos podía haber en la gigantesca nave con destino a la Tierra?

Cuando la señorita Marshannon llegó a su asiento, y lo ocupó, sus manos temblaban visiblemente. Las puso sobre su portafolios, que contenía el tubo robado de cristal.

La nave seguía surcando el espacio velozmente hacia el

planeta Tierra. ¿Todo en orden?

CAPITULO III

—¡Demonios! —exclamó Derek—. ¡Falta menos de hora y media para llegar a la Tierra!

—Lo cual significa —musitó Caroline— que disponemos por lo menos de otra hora.

—Nada de eso —negó Derek, sentándose en el lecho— ¡Quiero empezar a ver la Tierra ahora mismo! Por cierto, ¿llegamos a la parte de día o a la de noche?

—En el continente América Norte será mediodía cuando lleguemos.

—¡Vaya...! Bueno, ya tendré tiempo de ver todo lo que quiero ver una vez esté allí. Bueno, Caroline, ha sido muy agradable gozar contigo... Sí, muy agradable. Gracias, preciosa.

—Lo mismo digo —rió ella—. ¡Ha estado magnífico, Derek!

—Siempre he dicho que no hay nada tan agradable como encontrar una persona con la que entenderse bien —guiñó un ojo Derek.

Caroline se echó a reír de nuevo. Procedieron a vestirse bromeando y cambiando caricias que comenzaron a excitar de nuevo a la muchacha.

—¡Fíjate en mis pechos! —exclamó—. ¡Me has puesto...!

—Calma, calma —se sobresaltó Derek—. ¡He tenido más que suficiente, de veras!

—¡Qué lástima!

Riendo, Derek besó los espléndidos pechos de Caroline por última vez, terminaron de vestirse, y salieron de la cabina. Ella le acompañó hasta la sala de recreo, donde se despidió, diciendo:

—Tendré que ocuparme ahora de otros pasajeros... ¡No me mires así, no me refiero a eso! —volvió a reír—. Yo también he quedado más que satisfecha, de verdad.

—Menos mal.

Derek se dirigió hacia su asiento, pensando de pronto en la señorita Marshannon. ¿Se habría aburrido mucho durante aquellas tres horas y pico, o se habría dedicado a dormir? Si había dormido estaría más descansada, y su mal humor posiblemente habría menguado mucho. ¡Caramba! ¿Y si la señorita Marshannon, una vez descansada y de mejor humor, tuviera la idea de invitarlo a una *box-loving?* ¡Estaría bueno, después de las últimas veinticuatro horas últimas dedicadas a esa actividad! Claro que siempre podría tomar una píldora vitalizante, lo que le pondría en perfectas condiciones de contentar a la más exigente de las mujeres, pero no le hacía mucha gracia.

Bueno, ningún problema.

Sencillamente la señorita Marshannon no estaba en el asiento cuando él llegó. Tampoco estaba su portafolios, es decir, que se lo había llevado con ella. ¿Tenía miedo de que alguien cometiera el arcaico delito llamado robo, y que actualmente estaba considerado como una aberración mental?

La prueba de que ya nadie robaba nada estaba en su propio portafolios, que estaba donde él lo había dejado al marchar con Caroline. Curioso personaje la señorita Marshannon, desde luego.

Derek puso su portafolios en un lado del asiento, y se acomodó en éste. Fue entonces cuando vio, en el asiento de la señorita Marshannon la manchita de polvo. Se quedó mirándola, sorprendido. ¿Cómo era posible que allí en la superaséptica nave hubiera aquella... suciedad?

El polvo era algo curioso, que los científicos actuales estaban estudiando, ya que se suponía que sólo podía aparecer donde había tierra, o partículas combustionadas en suspensión, lo que no ocurría, ciertamente, en las ciudades artificiales. Y sin embargo, había polvo en ellas.

Más no como el que había en el asiento de la señorita Marshannon... Oh, bueno, qué demonios, polvo al fin. Muy cortés, Derek dio unos manotazos sobre el asiento de su vecina, para limpiar aquella leve capa de polvo. Se alzó una nubecilla, y el polvo desapareció. Derek se quedó mirándose la mano izquierda, que había utilizado.

Sentía frío en ella.

Como si la hubiera pasado sobre una superficie helada. Esto sí que era sorprendente... Se frotó la palma de la izquierda con la

derecha..., y entonces el frío se extendió a la mano derecha también. Perplejo, el astromático se quedó mirando ahora de una palma a otra palma, en las que seguía sintiendo un frío intenso..., que fue decreciendo lentamente.

Por fin, cesó.

Derek Claydexter movió la cabeza, decidió desentenderse de tan sorprendente asunto, y accionó el mando de su televisor situado en el respaldo del asiento que tenía frente a él. En colores, en el acto, se iluminó la pequeña pantalla.

Primero vio sólo una gran masa azul, deforme, que parecía moverse, más bien agitarse en sí misma. Poco después, divisaba una tonalidad más oscura, como parda. Otro poco después, por entre la gran masa azul móvil comenzó a distinguir el contorno de la Tierra.

Ya nadie hablaba, nadie reía en la nave. Todos los televisores estaban encendidos. La luz interior de la nave fue apagada en todos sus puntos, y los colores de la pantalla se expandieron como una nueva escala cromática por el ámbito cerrado. Se oyeron algunas exclamaciones. Derek Claydexter pareció quedarse sordo... En realidad, a partir de ese momento fue todo ojos.

El pequeño planeta azul fue adquiriendo proporciones gigantescas a medida que la nave se acercaba. Muy pronto se oyó un agudo silbido, cuando la nave entró en la atmósfera. La velocidad fue reducida automáticamente por la computadora auxiliar de vuelo, y el silbido decreció y finalmente el desplazamiento se alteró. Nada molesto, sólo perceptible.

Muy pronto, las aguas de un océano comenzaron a lanzar destellos, la luz del sol entró a raudales por las ventanillas de fibroacero transparente. Derek ladeó la cabeza, y miró hacia la cegadora luminosidad del espacio. Luego, volvió a mirar hacia abajo, donde destacaba una enorme mancha parda, y, lejos, otra enorme mancha de color verde. Todo resplandecía de un modo insólito, desconocido... Cierto; había cosas, matices, que las películas de enseñanza no podían revelar con la exactitud de aquel momento incomparable.

La luz solar alcanzó tal intensidad que Derek tuvo que protegerse los ojos con los lentes que formaban parte del equipo de vacaciones, pero soltó un gruñido, y se las quitó. Se sentía cegado, deslumbrado. El corazón le latía fuertemente, lo sentía en las sienes, en los oídos, en todo el cuerpo.

Una suave voz femenina se extendió por la nave:

—Orbita terrestre de reducción de velocidad y enfriamiento. Tras la vuelta al planeta, aterrizaje en el puerto aéreo central de América Norte. Deseamos a todos feliz estancia en nuestro planeta, cuna de toda vida conocida en el espacio cercano. ¡Bienvenidos a la Tierra!

Casi media hora más tarde, llenos los ojos de imágenes conocidas pero que le parecieron diferentes, Derek Claydexter sentía bajo él la solidez de la tierra. La aeronave se detuvo, por fin, pero Derek no se movió. Cerró los ojos, y de nuevo lo vio todo: los inmensos mares, aquellas altísimas cumbres nevadas, las inmensurables selvas, las gigantescas extensiones de sembrados... Ya no había desiertos en el planeta Tierra: la técnica del Hombre había llevado agua tanto en canales como en lluvias artificiales a todos los puntos del globo. Australia, África, el norte de Asia..., todo era un vergel encantador.

Y todavía con los ojos cerrados, justo en aquel momento, Derek Claydexter tomó una decisión: se quedaría para siempre en la Tierra. No le importaba en absoluto abandonar su brillante carrera como astromática y convertirse en un granjero-ganadero. Incluso, si era necesario, aceptaría un trabajo en cualquiera de las factorías subterráneas donde se trabajaba con los alimentos naturales convirtiéndolos en extractos para enviarlos a la Humanidad residente en el espacio, a cincuenta mil kilómetros.

¡Al demonio las astromáticas y todo el...!

—¿Señor Claydexter?

Abrió los ojos, volvió la cabeza, y se quedó mirando a la azafata que, de pie en el pasillo, le contemplaba sonriente.

—¿Sí? —murmuró.

—Casi todos los pasajeros han desembarcado ya, señor Claydexter. Naturalmente, puede permanecer en la nave si lo desea, pero me pareció que se había, quedado dormido.

—No... No estaba dormido. Pero gracias. Desembarcaré inmediatamente... ¿Dónde está Caroline?

—No lo sé —pareció desconcertarse la azafata—. Se puede decir que no la he visto en todo el viaje. Bueno, la vi un momento cuando faltaba una hora para aterrizar, pero ya no la he vuelto a ver. ¿Desea que la busque?

—No —sonrió Derek, poniéndose en pie tras agarrar su portafolios—. No importa. Sólo quería despedirme de ella. ¿Será tan amable de hacerlo usted en mi nombre?

—Por supuesto, señor Claydexter.

—Gracias... Gracias por todo.

Se dirigió a la salida de la nave. Un largo tubo de comunicación, con piso deslizante, había sido ensamblado a la puerta, y los pasajeros eran trasladados directamente, todavía sin contacto directo con la atmósfera exterior, hacia el edificio del puerto aéreo. Había al final del tubo una gran pantalla donde se proyectaban diversos consejos a los recién llegados pasajeros haciendo hincapié en la conveniencia de utilizar los lentes durante el resto del día y en efectuar inspiraciones profundas, sino, muy al contrario, recurrir a una respiración superficial, de mantenimiento. El grado de humedad era prácticamente nulo, y se aconsejaba, esto ya casi en términos de órdenes, utilizar la protección oficial contra el sol recurriendo el equipo de fibras sin téticas, incluidos los guantes y la capucha...

Derek iba leyendo todo esto mientras la cinta transportadora lo conducía hacia la salida. Se quedó de pronto atónito, releyendo uno de los mensajes marginales que aparecía en la gran pantalla. Decía:

PROFESOR CLAYDEXTER ACUDA SALA DE RECIBO NUMERO VEINTE DONDE LE ESTAN ESPERANDO. PROFESOR CLAY DEXTER ACUDA SALA DE RECIBO NUME RO VEINTE DONDE LE ESTAN ESPERANDO. PROFESOR CLAYDEXTER ACUDA...

La pantalla gigante quedó atrás con respecto a Derek, que finalmente llegó a la cabina de recepción. Varias cámaras enfocaban a todos y cada uno de los pasajeros, enviaban la imagen a la computadora conectada con la ciudad orbital AVR-0046, y si era admitida se encendía una luz verde en un panel, donde constaba también el nombre del pasajero identificado.

Después, simplemente, había llegado a la Tierra.

Lo primero que experimentó Derek al salir de la cabina situada al final del tubo fue calor. Los cristales que formaban la mayor parte de la construcción de puerto aéreo estaban

oscurecidos, pero aun así a Derek le pareció que la luz era deslumbradora.

Un sonriente empleado del puerto aéreo se acercó, a una seña de Derek.

—¿Puede decirme dónde está la sala de recibo número veinte, por favor?

—Siga recto por el pasillo situado enfrente. Las salas de recibo están a ambos lados. Encontrará fácilmente la veinte.

—Gracias... ¿No necesitan empleados en el puerto aéreo?

—¿También usted quiere quedarse? —casi rió el hombre.

Derek frunció el ceño, masculló de nuevo un «gracias», y se alejó. Había comprendido perfectamente el significado de las palabras del empleado. Al decir *también* le indicaban claramente que ni mucho menos era el único, y que esa pretensión no era nada fácil de satisfacer. Bueno, ya se las arreglaría.

Enfiló el amplio pasillo. ¿Quién podía estar esperándole? Pensó que, lógicamente, podía ser Caroline. Sí, lo habían pasado muy bien juntos, y quizá ella quería servirle de guía en la Tierra. Pero no le interesaba. Cierto, lo habían pasado muy bien, pero..., como siempre, la muchacha le había resultado demasiado *técnica.* Era como la alimentación por medio de pastillas: tan igual siempre, tan perfecta, de sabor tan invariable absolutamente, que se hacía aburrido comer. Necesario, pero aburrido.

¿O sería quizá la señorita Marshannon quien le estaba esperando? ¡No la había visto desde...! Se detuvo, perplejo. Sí, desde que había regresado a su asiento tras permanecer en la *box-loving* con Caroline. Al parecer, la señorita Marshannon había ocupado de nuevo su asiento, y él no se dio cuenta porque estaba dormido, y seguía dormido cuando ella se dispuso a desembarcar... ¿Podía ser esto?

Desconcertado, reanudó la marcha por el pasillo.

Vio la puerta señalada con el número 20, y entró en 1a pequeña sala de recibo.

La muchacha que estaba esperando allí, sentada en un sillón de plástico, alzó la mirada, y la fijó en él, curiosa, expectante.

No era Caroline. Ni la señorita Marshannon.

Pero, en el acto, estos dos personajes pasaron al olvido en la mente de Derek Claydexter. Se quedó mirando, paralizado de admiración, los grandes ojos azules, la boca roja, la tez de un color dorado profundo, la increíble cabellera alborotada rubia como el mismísimo sol.

La muchacha se puso en pie, sonriendo. Tenía un cuerpo… felino. Hermoso, esbelto, elástico, fuerte. Calzaba sandalias que permitían ver sus pies, tan bronceados como el rostro y las manos. Unos ceñidos pantalones de sedalina artificial azul, y una blusa del mismo color, moldeaban un cuerpo de belleza extraña, como palpitante…

—¿Profesor Claydexter?

Derek asintió con la cabeza, todavía mudo de admiración. A su olfato llegó una sensación desconocida. La muchacha olía. O*LIA*. No sabía a qué, pero *olía.* Un olor leve, tan agradable que Derek sintió un leve vahído.

—Soy Rosemary April, profesor Claydexter, la hija del profesor Newton April. Me agradaría que hubiera tenido un buen viaje.

Derek asintió de nuevo, reaccionó al fin, y murmuró:

—Sí, muy bueno. Gracias, señorita April.

—Tengo la impresión de que está usted sorprendido por algo. ¿Puedo ayudarle a resolver sus dudas?

—Creo que sí —sonrió Derek—. ¿Quién es usted?

Ahora la sorprendida fue la muchacha. Pero en seguida una luz de comprensión apareció en sus ojos…, y soltó una carcajada. Una carcajada que pareció inundar de calor el cuerpo de Derek Claydexter.

—¿Su maestro no le habló de mi padre, profesor?

—No… No lo recuerdo, al menos.

—Lo único que podernos pensar al respecto es que su maestro quiso darle una sorpresa a su llegada a la Tierra. El envió un mensaje a mi padre, con quien le une una vieja y sólida amistad, pidiéndole que le recibiera a usted y le orientara todo cuanto pudiera en sus primeros días en la Tierra. ¿No sabía usted esto?

—Claro qué no.

—Bueno... La intención de su maestro, y la de mi padre, son buenas, profesor. Claro está, si usted prefiere valerse por sí mismo, regresaré a casa sola. Nadie va a molestarse por ello. En cuanto a mi padre, le envía sus disculpas por no haber podido venir personalmente a recibirle. Últimamente tenemos algunos... problemas en la granja.

—Son ustedes demasiado amables. Y francamente, no se me ocurre ningún motivo por el que deba rechazar su invitación, señorita April.

—Estupendo —sonrió Rosemary—. A mi padre le encantará complacer a su viejo amigo. ¿Vamos?

—Bueno, todavía no he solicitado mi helioscar, así que...

—Olvídelo. No lo necesitará usted. Tenemos varios helioscar en la granja, y yo he venido a recogerlo con un heliosfly. Espero que le divierta volar en lo que hace años se llamaba avioneta. ¿Tiene información al respecto?

—¿Una avioneta? —exclamó Derek—. ¿Esos chismes que nada más vuelan a quinientos kilómetros por hora?

—Por el momento, la energía solar, o *Heliosenergy,* no da para más. Sí, me refiero a un... chisme de esos.

—¡Me encantará volar en él!

—¿De veras? Bien, entonces todo está resuelto. Salgamos.

Salieron al pasillo. Y en el acto se dieron cuenta de que algo sucedía, algo fuera de lo corriente. En todo el ámbito del gigantesco puerto aéreo se oía un leve zumbido intermitente, y varios hombres con el uniforme de la Vigilancia Espacial corrían de un lado a otro. En la sala general de llegada, que podían ver al fondo, varios pasajeros de los recién llegados con Derek permanecían inmóviles.

—¿Qué ocurre? —exclamó Derek.

—No puedo decírselo exactamente, pero está sonando la alarma. Iré a enterarme. Usted no se mueva de aquí, no haga nada, no dé ni un solo paso. Por favor, entiéndalo: *no se mueva de aquí.*

—Sí, sí, entendido.

Rosemary April se alejó hacia el centro del puerto aéreo, y pronto hizo contacto con uno de los hombres de la VE. Inmóvil donde la muchacha lo había dejado. Derek la vio conversar rápidamente con el vigilante, preguntar y repreguntar. Conseguida la información, Rosemary regresó junto a Derek, que ya había comprendido que, desde que sonara la alarma, sólo los habitantes de la Tierra estaban autorizados a moverse. Los procedentes del «exterior» debían permanecer todos absolutamente inmóviles estuvieran donde estuvieran.

CAPITULO IV

—¿Qué ocurre? —se interesó en seguida Derek. —Hay una anomalía en el registro de llegada de pasajeros procedentes de su ciudad, profesor. La computadora de recepción echa de menos a cuatro personas.

—¿Quiere decir que cuatro personas que salieron de AVR-0046 en la nave... no han desembarcado?

—Exactamente.

—Bueno —sonrió Derek—, yo casi me quedé dormido... o sumido en algo así como un éxtasis, de modo que supongo que esas cuatro personas todavía estarán en la nave, quizá estupefactos...

—No. La nave ha sido ya verificada. No queda nadie a bordo..., y siguen faltando cuatro personas: una azafata y tres pasajeros.

—¿Una azafata? —susurró Derek—. ¿Se ha informado usted del nombre de ella?

—De todos los nombres. La azafata se llama Caroline Hubbard. Los tres pasajeros son la señorita Celia Marshannon y los señores Aldo Dyres y Frank Tolliver, estos últimos, según parece, empleados de la Biochemical Corporation... ¿Le ocurre a usted algo, profesor?

—Bueno, la... la señorita Marshannon era mi vecina de asiento en el, viaje... ¡En alguna parte debe estar!

—Se considera imposible —movió la cabeza Rosemary—: todos los pasajeros son detectados y comprobados, ninguno puede salir al puerto aéreo sin ser visualizado y admitido por la computadora. Es decir, que de acuerdo a la lógica, deben estar en la nave..., pero no están. Por eso los buscan por aquí, pues podría haberse producido algún fallo. Es decir, habrá que resignarse a admitirlo, cosa que nunca había ocurrido hasta ahora, que yo sepa. Pero en alguna parte debe haber un fallo, porque, como decimos aquí, esas personas no pueden haberse convertido en humo, ¿verdad?

—¿En... humo?

—Es una vieja expresión terrestre. Claro, ustedes no deben conocer el humo que...

—¿Y en polvo?

—¿Qué?

Derek Claydexter parpadeó. Aquel polvo que le había producido frío en las manos... Movió la cabeza

—Nada... Nada. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Esperar la autorización para salir del puerto aéreo Eso y solamente eso, profesor. Más, como quiera que tengo pagada y asignada la sala de recibo número veinte, podemos entrar en ella a esperar cómodamente. Nos marcharemos cuando deje de sonar la alarma, lo cual sucederá cuando encuentren a esas cuatro personas. No tardarán mucho, ya lo verá.

Derek siguió en silencio a Rosemary al interior de la sala de recibo, y, como ella, ocupó uno de los sillones colocando el portafolios sobre sus rodillas.

¿Qué significaba todo aquello? Dos empleados de la Biochemical Corporation, una antipática aunque bella señorita que menciona esta sociedad dedicada a la fabricación de alimentos artificiales..., y una azafata simpática, y muy técnica en el sexo. ¿Qué había pasado a bordo de la nave?

—¿De verdad se encuentra bien, profesor?

Se quedó mirando durante unos segundos a Rosemary como sin verla. Por fin, tras respingar, sonrió.

—Oh, si, me encuentro perfectamente, gracias.

—A mi padre le encantará conversar con usted. Supongo que no sabe que él es un gran aficionado a la vieja astronomía, y que está estudiando por su cuenta, y como puede, las astromáticas. Cabe suponer que su maestro pensó que usted podría ayudar mucho a mi padre en ese campo. O sea —sonrió—, que el favor al ponernos en contacto es más para mi padre que para usted.

—No tiene importancia. Jamás podría negarle nada a mi maestro, señorita April.

—Pero quizá prefiera disfrutar de sus vacaciones sin tener que ocuparse de astromáticas aquí. ¿Tenia pensado ir a alguna parte en especial?

—Bueno, mi crédito de viaje abarca todo el planeta, de modo que puedo ir adonde guste en cualquier momento. Había pensado recorrer el antiguo desierto de Australia, para ver cómo está ahora, y también conocer en directo las islas de los Mares del Sur. ¡En realidad, quisiera verlo todo!

—Pues un mes no da para tanto —rió Rosemary.

—¿Ha estado usted en muchos sitios? —se interesó Derek.

La conversación se fue alargando sobre el mismo tema. Derek pensó varias veces que le habría satisfecho mucho gozar del sexo con Rosemary April, pero no le pareció que fuese el momento oportuno de proponérselo, dadas las circunstancias de alarma. Bueno, ya se lo propondría más adelante. Rosemary tenía una voz cálida y densa, sin la clásica estridencia de los habitantes de las ciudades espaciales... Como si dentro de su cuerpo hubiese más calor. Sus pechos tenían una forma preciosa, y su garganta parecía de oro...

La alarma seguía sonando. Y hacía ya tanto rato de eso que se habían acostumbrado, y la aceptaban como parte del ambiente. Todavía más tarde, Rosemary se impacientó, lo que sorprendió y divirtió a Derek Claydexter.

—¡No entiendo lo que pasa! —exclamó la muchacha—. ¡Hace casi dos horas que llegó la nave!

—¿De veras? —se pasmó Derek—. ¿Tanto rato llevamos charlando usted y yo?

—Según parece —sonrió Rosemary—, el tiempo no se le ha hecho demasiado largo, profesor.

—¡Al contrario! Sus explicaciones respecto a propia experiencias de viajes en la Tierra me han fascinado ¿Pero todavía no me ha dicho a qué se dedica usted?

—Soy profesora de agricultura en la granja que dirige mi padre.

—¡Ah...! Profesora de agricultura... ¿Quiere decir que da clases sobre eso a los niños?

—Naturalmente. Todos los habitantes que permanecemos en el planeta como obreros productivos tenemos que aprender diversos trabajos, ¿no le parece? ¿Sabe lo que se dice por aquí, por la Tierra?

—¿Qué se dice?

—Bueno, la población en el planeta se mantiene siempre al nivel de unos quinientos millones, como máximo. Y nosotros pensamos que quizá no es demasiado justo que quinientos millones, de los cuales solo la tercera parte trabaja realmente, estamos alimentando a diez millones…, a cambio de nada.

—¡Cómo de nada! —respingó Derek—, Les enviamos toda la tecnología que les permite…

—…que nos permite seguir trabajando para alimentarlos a ustedes. Tecnología y material. Pero le diré una cosa, profesor: nosotros podríamos pasar sin ustedes, y la pregunta es: ¿podrían pasar ustedes sin nosotros?

—Le advierto a usted que en las ciudades se están fabricando alimentos artificiales que en un momento dado muy bien podrían sustituir completamente a los extractos que ustedes nos envían —pareció mosquearse Derek—. Sin ir más lejos, la Biochemical Corporation está produciendo últimamente…

—¡Bah! ¡Alimentos sintéticos! ¡En muy poco tiempo sus cerebros notarían la diferencia!

—¿Nuestros cerebros? ¿En qué sentido, qué quiere decir?

—¿Cree que el ser humano alimentado artificialmente funcionaría igual que ahora?

—¿Por qué no?

—¡Porque hay sustancias en los alimentos que…! Oh, bien, no vamos a ponernos a discutir, ¿verdad? —sonrió de pronto Rosemary.

—A decir verdad —sonrió a su vez Derek—, preferida gozar con usted.

—¿Qué?

—Gozar. Del sexo, se entiende. Pensé en proponerselo antes, pero no me pareció oportuno. Sin embargo, puesto que llevamos aquí tanto rato…

—Espere un momento, espere… ¿Qué ha querido usted decir *exactamente*? ¿Que le gustaría hacer el acto sexual conmigo?

—Me encantaría —sonrió Derek.

—Lo que significa, obviamente, que se ha enamorado usted de mi, profesor.

—¿Qué?

El rostro de Rosemary April enrojeció súbitamente debido a la cólera.

—Será mejor que salga a ver si me entero de cómo están las cosas —dijo con voz que parecía arder—. Y para cuando vuelva espero que los dos hayamos olvidado esta parte de la conversación.

—Pero... no comprendo... Mi intención...

La puerta batió a espaldas de Rosemary April, y Derek quedó perplejo en verdad. ¿Se había molestado? ¿Rosemary se había molestado porque él le había dicho que de buena gana gozaría con ella? Esto sí que era en verdad chocante. Para él, las relaciones sexuales eran normales, corrientes y lógicas. Me gustas, te gusto, nos gustamos, lo hacemos. Era tan simple... Tanto, que jamás se había interesado por estas cuestiones en su versión terráquea. Decidió de pronto echar un vistazo a la pequeña computadora de informaciones peculiares que todo pasajero a la Tierra llevaba consigo.

«Seguro que he cometido algún error», pensó, abriendo el portafolios.

Su mirada localizó en seguida la pequeña computadora, pero, al mismo tiempo, experimentó como un impacto de alarma..., que acto seguido derivó en simple desconcierto. E inmediatamente, en asombro.

Se quedó mirando la pequeña grabadora por teclado que, o mucho se equivocaba, o pertenecía a la señorita Marshannon. Junto a la grabadora había una tarjeta magnética para anotaciones; la tomó..., y vio entonces el tubo de cristal que había estado oculto por la tarjeta magnética.

Con la otra mano alzó el tubo de cristal, acercándolo a sus ojos. Dentro del tubo había como miles de diminutos puntitos negros que se movían; se movían sin cesar, lenta y constantemente, como un magma. ¿Qué podía ser aquello?

Recordó la tarjeta magnética, y pensó que quizá allí encontraría la explicación. El mensaje magnetizado era el siguiente:

Señor Claydexter: cuando usted encuentre esto yo estaré convertida en frío polvo. Por favor, lleve todo esto a la doctora Pamela Cosgrove sin informar de este asunto ABSOLUTAMENTE A NADIE. Se lo pido en nombre de la supervivencia de toda la humanidad terrestre. Gracias. Celia Marshannon.

Cuando terminó de leer el mensaje Derek todavía tenía los pelos de punta. ¿Frío polvo? ¿Aquel polvo frío que había encontrado en el asiento de la señorita Marshannon... era todo lo que quedaba de la señorita Marshannon?

Bueno, si era así ya tenía la explicación de por qué ella no había aparecido en el registro de control de llegada. Pero... ¿y la encantadora Caroline? ¿Había corrido la misma suerte? ¿Y también los dos hombres de la Biochemical Corporation que, como la señorita Marshannon y Caroline, estaban siendo buscados? ¿Los cuatro estaban ahora convertidos en... frío polvo?

¿Qué había ocurrido? ¿Qué estaba ocurriendo? Volvió a leer el mensaje magnético. Supervivencia de toda la humanidad. ABSOLUTAMENTE A NADIE. Muy bien, pero..., ¿quién era la doctora Cosgrove, dónde podría encontrarla? Además, ¿seguía las súplicas de la señorita Marshannon..., o ponía en conocimiento de todo aquello a la S.S.S.?

La puerta de la sala de recibo se abrió, y apareció Rosemary April. Justo entonces, al verla, Derek se dio cuenta de que había dejado de oír la señal de alarma hacía rato...

—Podemos marcharnos —dijo Rosemary.

Derek cerró lentamente su portafolios, preguntando:

—¿Han aparecido esas cuatro personas?

—Creo haber entendido que no, pero la Vigilancia ha desistido de encontrarlas, o al menos así parece. Tengo la certeza de que continúan buscándolas, pero mientras tanto ha llegado una autorización para que el resto de los pasajeros identificados puedan dirigirse a sus destinos en la Tierra... ¿Sucede algo?

Derek se puso en pie, sin contestar. No sabía qué hacer. Sin embargo, la pregunta brotó de sus labios, con lograda naturalidad:

—¿Conoce usted a una tal doctora Pamela Cosgrove?

—Naturalmente.

—¡Ah...! ¿Naturalmente? ¿Por qué *naturalmente?*

—La doctora Cosgrove es conocida en toda la Tierra, profesor Claydexter. Y estoy segura de que también en las ciudades orbitales, aunque, claro está, por los miembros de su especialidad preferentemente.

—¿Qué especialidad?

—La supragenética.

—Ah, sí. Eso está muy avanzado en las ciudades orbitales, en efecto. ¿Debo entender que la doctora Cosgrove, residiendo aquí, en la Tierra, está... a la altura de los científicos de las ciudades orbitales?

—En cuanto al ser humano, no, ya que la doctora Cosgrove está extraespecializada en la supragenética animal, lo cual, por cierto, le permite disponer de unos conocimientos cuyos puntos de contacto con la supragenética humana son abundantes e interesantes. Creo que hay un intercambio de investigaciones entre la doctora Cosgrove y varios científicos de diferentes ciudades orbitales... ¿Por qué me ha preguntado por la doctora?

—No sé... Su nombre me ha venido a la memoria, eso es todo. ¿Sabe usted si actualmente la doctora Cosgrove está llevando a cabo alguna investigación determinada, de especial interés?

—No, no sé eso. Lo que sí puedo decirle es que la doctora es una de las máximas vigilantes de la conservación y perfeccionamiento de la vida animal en el planeta. Como usted sin duda sabe, hace ya mucho tiempo que los animales de la Tierra destinados a alimentación han sido sometidos a procesos de evolución acelerada con el fin de aumentar su procreación y tamaño, de modo que la producción de carnes en general siga un ritmo creciente, acorde con las necesidades tanto de los terrestres como de los orbitales.

—De modo que yo soy un... orbital.

—Siento haber dicho eso —sonrió Rosemary—, pero así los llamamos. Bien, ¿nos vamos ya?

—Me gustaría saber si hay alguna posibilidad de que yo pueda visitar a la doctora Cosgrove.

—Supongo que sí. Aunque le advierto que ella está siempre

muy ocupada. De todos modos, es buena amiga de mi padre, y si él la llama para decirle…

La puerta de la sala se abrió, detrás de Rosemary April. Esta se volvió, expresando simple curiosidad. Los dos hombres la miraban, pero en seguida dedicaron toda la atención de sus negrísimos ojos a Derek Claydexter.

—¿Buscan a alguien? —preguntó amablemente Rosemary—. Esta sala está…

—Usted es el profesor Claydexter —aseveró uno de los hombres, como si Rosemary no existiera—, ¿Cierto?

—En efecto —asintió Derek.

Un pequeño cono amarillento de unos quince centímetros de longitud apareció en la diestra de cada desconocido, y las cúspides apuntaron al pecho de Derek.

—Entréguenos su portafolios, por favor, profesor.

—¿Mi portafolios? ¡Oigan, llevo en él…!

—Estamos seguros de que lleva en él algo que no es de su propiedad. Quizá usted todavía no lo sabe, pero alguien lo puso en él. Sólo queremos lo que nos pertenece, el resto le será devuelto inmediatamente.

—¿Qué están tratando de decir? —exclamó Rosemary—. ¿Que el profesor Claydexter les ha robado algo?

—Cállese —gruñó el otro hombre, sin mirarla, y tendiendo la mano izquierda hacia Derek—. ¿Profesor? Por favor.

Derek miró aquellos conos amarillos, y de nuevo a los dos hombres. Era demasiado inteligente para no comprender el significado de los conos: se trataba de armas… Armas que, posiblemente, podían convertirlo en frío polvo. Se estremeció. Pero al mismo tiempo recordó el mensaje de la señorita Marshannon: la supervivencia de toda la Humanidad terrestre…

—La verdad es que no entiendo esto muy bien —comenzó a decir—, pero supongo que los motivos de ustedes…

Se había acercado lo suficiente. Describió un giro de cintura, y el maletín, fuertemente sujeto en la mano derecha, golpeó la mano armada del desconocido que se había adelantado hacia él a su vez. El hombre lanzó una exclamación cuando el cono salió

despedido de su mano, y, en el acto, Derek se dio cuenta del extraordinario cambio en sus ojos, que se tornaron rojos.

Rojos.

Estaba tan sorprendido que la delgada línea amarillenta que brotó del cono del otro hombre le habría alcanzado de lleno en el pecho si Rosemary April, intuyendo lo que podía ocurrir, no hubiese empujado al sujeto. La línea amarilla fue a dar en una pared, efectuando un diminuto y limpísimo agujero que humeó un instante.

Pero mientras tanto, seguían ocurriendo cosas en la sala de espera número veinte: el primer sujeto se había inclinado a recoger su cono, y Derek le golpeó con el portafolios ahora en un lado de la cabeza, justo sobre la sien. El hombre cayó de lado, sin sentido. Unos pasos más allá, el hombre que había sido empujado por Rosemary se revolvía contra ésta, que a su vez sacaba un delgado tubo de su cinturón, lo apuntaba rápidamente hacia el hombre, y efectuaba una leve presión.

El impacto del electrodardo anestésico se produjo en una mejilla de! hombre, que abrió la boca y acto seguido quedó inmóvil. Frente a él, Rosemary April contemplaba, atónita, el súbito color rojo de los ojos del sujeto, que, de pronto, desapareció.

Ni Rosemary ni Derek pudieron reaccionar, de momento. Se quedaron mirando, aterrados, la levísima mancha de polvo en el suelo, allá donde había estado el hombre.

—Pe…pero… pero… pe…pe…pero… —comenzó a tartamudear la muchacha.

—Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente —dijo Derek, con voz tensa—. ¡Deprisa! No, espere un momento…

Recogió los conos amarillos de los dos hombres, y los metió en su portafolios. El hombre que había caído sin sentido permanecía con los ojos abiertos, como convertidos en pequeños objetivos de cámara, televisiva. Solo que eran rojos. Derek se puso en pie. Rosemary movía los labios, pero no decía nada ahora.

—Vamos —la tomó de una mano Derek—. ¡Ahora sí que tenemos que marcharnos a toda prisa!

—Pero…, ¿qué ha pasado? —jadeó la muchacha—. ¡Sólo le he disparado un dardo anestésico!

—Demonios, ¡corra! ¡Ya tendremos tiempo de hablar!

CAPITULO V

Justo cuando la heliosfly despegaba, Derek, sentado junto a la muchacha, vio llegar a varios hombres corriendo. Y todavía tuvo tiempo de ver, en la mano de uno de ellos, un destello amarillento. Pero el hombre no disparó, y Derek lo comprendió cuando se dio cuenta de que había mucho personal de la V.E. en las pistas.

Pilotada expertamente por Rosemary, la avioneta tomó altura y velocidad rápidamente. Dejaron de verse los hombres, pero no el gigantesco puerto aéreo central de América Norte, salpicado de naves de varios tamaños, algunas enormes...

—Pero..., ¿qué ha pasado? —insistió Rosemary.

Derek la miró, y aspiró profundamente. Se sentía cegado por el sol, y decidió no buscarse problemas con la vista, así que se colocó los lentes.

—Aquel hombre... ¡desapareció! —exclamó Rosemary—. ¡Y sus ojos se habían vuelto rojos! ¡Lo vi perfectamente!

—Voy a pedirle un favor, señorita April: lléveme directamente junto a la doctora Cosgrove. ¿Puede hacerlo?

—Sí, sí, tengo varias cargas de Heliosenergy, no hay problema... ¡Quiero saber qué ha ocurrido!

—Le aseguro que yo tampoco lo sé.

—¡Desapareció un hombre al que le disparé un simple dardo anestésico, de los que usamos con los animales! *¡Desapareció!*

—Se convirtió en frío polvo. Ha muerto.

—Pero yo... Mi intención no era...

—¿Dónde reside la doctora Cosgrove?

—En América Centro. Hace tiempo que se retiro allá, a una granja destinada exclusivamente a investigaciones.

—Pues vamos allá.

—Pero tendría... tendría que avisar a mi padre...

—Hágalo. ¿Cuál es el problema? ¿Su chisme no tienes sistema de comunicación?

—Sí... Claro que tiene, sí.

—Pues utilícelo. ¿Cuánto calcula que tardaremos en llegar a la granja de la doctora Cosgrove?

—Unas... unas siete horas.

—¡Pero qué dice...! —aulló Derek—. ¡No vamos a Marte, sólo a un punto de este mismo planeta!

—Lo siento. NO estamos en una ciudad orbital, profesor.

—¡Deje de llamarme profesor! ¡No podemos invertir siete horas en ese viaje!

—Esto no es una nave espacial. ¡Y deje de gritarme!

—¿Que deje de...? Está bien. Vaya, lo siento de veras. ¿No hay otro medio más rápido?

—Podemos buscar un puerto aéreo local, y tomar una de las naves para vuelos regulares. En ese caso, tardaríamos apenas una hora.

—¡Pues busque...! Perdón. Busque ese puerto aéreo local. —Tardaremos una hora en llegar, y otra en ser admitidos en el vuelo. Más la del viaje, tres horas. Luego tendremos que ir desde el otro puerto aéreo a la residencia de la doctora, lo que nos llevara otra hora, más o menos... Son cuatro horas, si no surge ningún contratiempo. ¿Cree que vale la pena?

Derek la miró torvamente. ¿Que si *tres* horas valían la pena? ¡Vaya una pregunta! Y de pronto, miró hacia abajo y vio el denso verdor del inmenso vergel del centro de América Norte. En varios puntos, las aguas lanzaban destellos como de espejos azules... Lagos. Había cintas plateadas que discurrían refulgiendo al sol por entre bosques de reserva y sembrados que se perdían en la distancia. La Tierra, parda, roja, verde, amarilla parecía una sustancia especial, tierna, cálida, acogedora. En la distancia aparecieron unas cumbres nevadas. La atmósfera era diáfana, parecía todo como de cristal límpido. En parte alguna se veían humos, ni nubes oscuras.

Abajo sólo había Vida.

—No —murmuró el terrestre orbital—. Realmente no vale la

pena. ¿Podré ver el anochecer desde aquí?

—Desde luego.

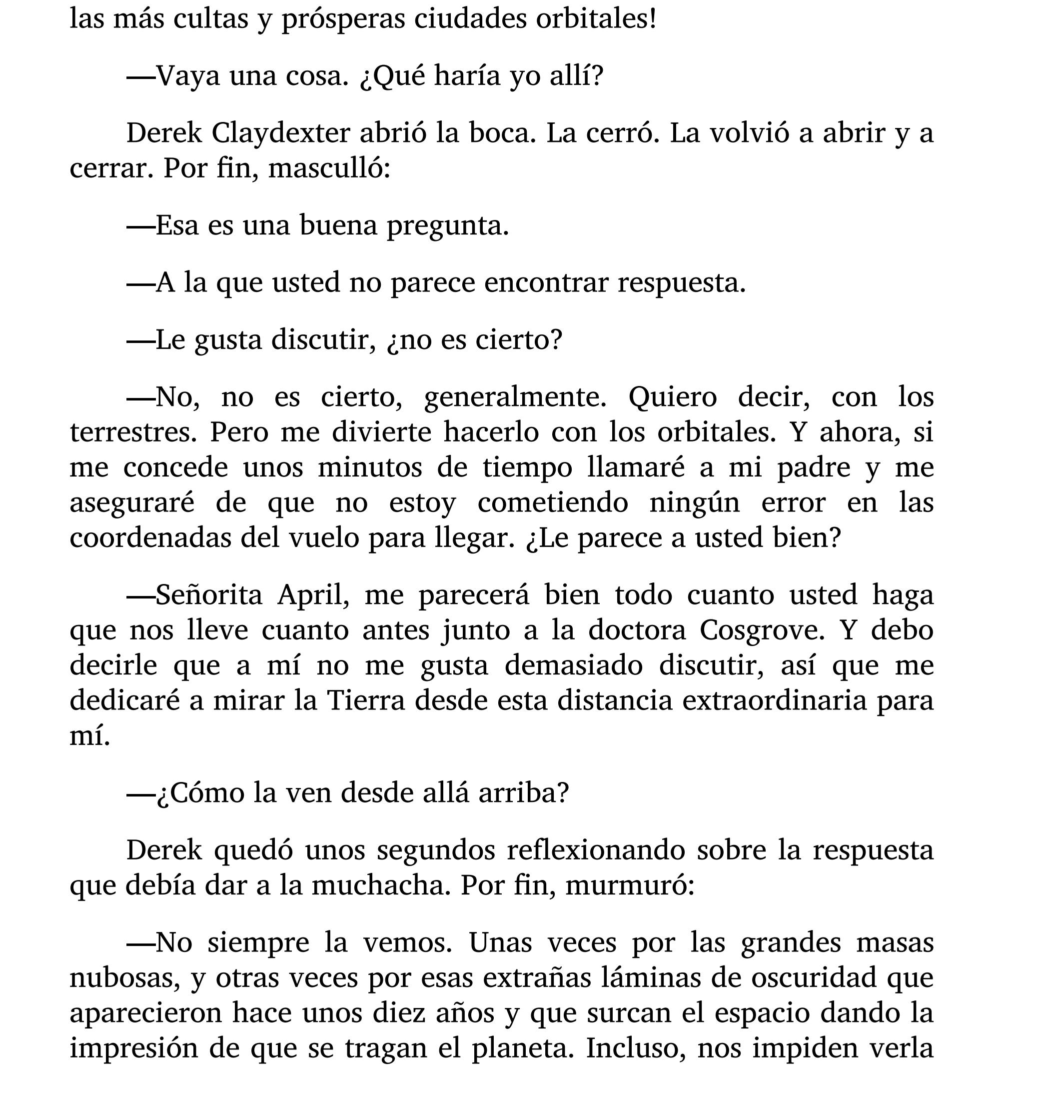
—Siento haber gritado —sonrió Derek—. Se está bien aquí... ¿A qué velocidad dice usted que estamos volando?

—A quinientos kilómetros por hora.

—Chocante —Derek se echó a reír, de pronto—. ¡En verdad chocante! Dígame, señorita April: ¿aceptaría usted una invitación a mi residencia en AVR-0046?

—¿Con qué objeto?

—¿Eh? ¿Con qué objeto? ¡La estoy invitando a visitar una de las más cultas y prósperas ciudades orbitales!



—Vaya una cosa. ¿Qué haría yo allí?

Derek Claydexter abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir y a cerrar. Por fin, masculló:

—Esa es una buena pregunta.

—A la que usted no parece encontrar respuesta.

—Le gusta discutir, ¿no es cierto?

—No, no es cierto, generalmente. Quiero decir, con los terrestres. Pero me divierte hacerlo con los orbitales. Y ahora, si me concede unos minutos de tiempo llamaré a mi padre y me aseguraré de que no estoy cometiendo ningún error en las coordenadas del vuelo para llegar. ¿Le parece a usted bien?

—Señorita April, me parecerá bien todo cuanto usted haga que nos lleve cuanto antes junto a la doctora Cosgrove. Y debo decirle que a mí no me gusta demasiado discutir, así que me dedicaré a mirar la Tierra desde esta distancia extraordinaria para mí.

—¿Cómo la ven desde allá arriba?

Derek quedó unos segundos reflexionando sobre la respuesta que debía dar a la muchacha. Por fin, murmuró:

—No siempre la vemos. Unas veces por las grandes masas nubosas, y otras veces por esas extrañas láminas de oscuridad que aparecieron hace unos diez años y que surcan el espacio dando la impresión de que se tragan el planeta. Incluso, nos impiden verla

durante el trayecto, en su mayor parte. Es como... si se interpusieran velos de oscuridad entre la Tierra y las ciudades orbitales. Como astromático, formo parte de una Comisión de Estudios sobre esos velos de oscuridad, pero no hemos conseguido nada hasta el momento...

—¿Por qué le premiaron a usted con este viaje?

—Precisamente por una sugerencia sobre eso. Como usted sabe, la Tierra está sólo a cincuenta mil kilómetros de las ciudades orbitales, distancia que, en términos espaciales, es absolutamente insignificante. Fíjese en que tenemos la Luna a doscientos cincuenta mil kilómetros, y la vemos. En cambio, debido a esos velos negros que aparecen y desaparecen, casi nunca vemos la Tierra, que sólo está a cincuenta mil kilómetros. Yo sugerí que esos velos negros *podrían* ser enormes masas de gases ya combustionados procedentes de estrellas extintas, cuyo ciclo terminó con una explosión lejísima, pero que todavía está esparciendo sus restos por todo el espacio.

—¡Pero entonces debió ser una estrella enorme!

—Enorme sobre las enormes, sí. Aunque le recuerdo que es sólo una teoría que estuve estudiando durante algunos años, a decir verdad fastidiado por el hecho de no poder ver siempre la Tierra, tal como vemos la Luna.

—¿Y no se interponen velos entre las ciudades orbitales y la Luna?

—Ah, es usted una muchacha muy perceptiva, señorita April. También pensé en eso, naturalmente. Y mi respuesta es no: no se interponen velos entre las ciudades orbitales y la Luna. Lo que considerando que el lugar que ocupamos en el espacio las ciudades, la Luna y la Tierra, o sea, un punto diminutísimo, es bien extraño. Pero, en fin..., ¿que cómo se ve la Tierra desde allá arriba? Pues ya le digo, rodeada de brumas casi siempre. No obstante, en algunas pocas ocasiones puede verse... como una maravillosa bola hecha de luz y vida, y por eso todos queremos venir aquí alguna vez.

—¿Y la Luna?

—La Luna dejó de interesarnos hace mucho tiempo. Es sólo un pedrusco sin vida.

—Pero a ella no la ocultan los velos de oscuridad. ¡Me gustaría saber por qué ocurre eso con la Tierra!

—Y a mí también —gruñó Derek—. ¿No iba usted a llamar a su padre?

—No debería molestarle que le haga preguntas. A mí no me molestaría que usted me hiciera cuantas quisiera sobre agricultura.

—Es usted muy amable..., aunque no en todo. ¿Realmente la molesté tanto cuando le dije que me gustaría muchísimo gozar con usted?

—Será mejor que nos callemos los dos un rato —refunfuñó Rosemary April—. O mejor, yo hablaré con mi padre, y usted mire la Tierra a su gusto, ahora que puede.

***

En la noche, refulgieron las corrientes de agua como si estuviesen llenas de luz azul, y la iluminación de los centros habitados se veía clarísima en grandes distancias. Arriba, sobre ellos, flotaban en sus órbitas las ciudades, con un resplandor que, en efecto, superaba al de las lejanas estrellas. Inexplicablemente, puesto que había pasado toda su vida en la ciudad orbital AVR-0046, Derek sintió una profundísima congoja al ver las ciudades orbitales y al recordar que, transcurrido un mes, debería volver a la suya.

Ya no vería más el mar enorme, los ríos, la puesta del sol lanzando anaranjadas llamaradas que parecían hacer arder el mar... No vería el lento apagarse del luminoso día, y la llegada lenta de la noche de terciopelo. Ni se sentiría libre como se sentía incluso dentro de la cabina del pequeño aparato volador, ya que *sabría* que sobre él se cerraba la enorme cúpula de vítrea transparencia que convertía la ciudad AVR- 0046 en un enorme huevo lleno de seres que no vivían como sus orígenes dispusieron, sino en una artificiosidad terrible, sin mares, ni selvas, ni animales, ni flores..., ni tierra que pisar...

No. No volvería a la ciudad orbital si podía evitarlo. No volvería *jamás.*

—Estamos llegando.

Tardó unos segundos en dejar de mirar la Tierra nocturna y volver la cabeza hacia Rosemary April.

—Muy bien —murmuró—. Ha sido un vuelo muy agradable.

—¿A pesar de desplazarnos sólo a quinientos kilómetros por hora?

—Supongo que ha sido debido precisamente a eso.

—Ya va entrando usted en razón —rió Rosemary—. Bien, espero que papá haya avisado a la doctora de nuestra llegada, y que nos esté esperando. Yo diría que si, porque veo iluminado su pequeño aeródromo privado. Estaremos en tierra firme dentro de un minuto.

Efectivamente, un minuto más tarde, ambos saltaban de la avioneta, en un extremo de la pista del pequeño aeródromo. La doctora Cosgrove no les estaba esperando allí, sino en la casa, según les informó uno de sus ayudantes, que sí les estaba esperando con un helioscar, para llevarlos a la granja, distante tan sólo un par de kilómetros, que fueron recorridos en otros tantos minutos. Sentado atrás junto a Rosemary, Derek percibía cientos de olores diferentes, todos ellos penetrantes, intensos. A ambos lados del vehículo se extendían masas de vegetación de toda clase, y de alguna parte llegaron mugidos y otras expresiones de vida animal. Era tan silenciosa la marcha del helioscar que todo se oía perfectamente.

—¿Qué clase de animales estudia la doctora? —preguntó Derek.

—Prácticamente todos. Y ha sido providencial que yo haya tenido que venir aquí, porque aprovecharé para consultarle sobre algunos problemas que tiene mi padre con sus animales..., aunque cabe esperar que él lo haya hecho aprovechando su contacto con la doctora.

—¿Qué clase de problemas tienen en su granja?

—Gigantismo incontrolado.

—No comprendo. ¿A qué se refiere?

—Parece que a todos los animales, especialmente a los que van naciendo últimamente les da por desarrollarse de un modo descontrolado, crecen hasta proporciones enormes. ¿Sabe usted lo que es un elefante?

—Claro —gruñó Derek—. ¡Vaya pregunta!

—Olvidaba que ustedes, los orbitales, lo saben todo...

teóricamente. Bueno, pues últimamente los terneros que van naciendo alcanzan pronto el tamaño de un elefante.

—¡Eso no es posible!

—Digamos que parece incomprensible, pero está ocurriendo. Esperemos que la doctora Cosgrove pueda solucionarnos ese problema... Ya hemos llegado.

El helioscar se había detenido delante de una gran casa blanca, hermosa, de magnífico porche, muy bien iluminada, y rodeada de un inmenso jardín cuyos olores casi tenían mareado a Derek. Se apearon los dos, y en seguida Rosemary preguntó:

—¿Le gustan los caballos?

—Son unos animales muy inteligentes, ¿no?

—En la escala animal, desde luego, lo son. Mire, ahí viene uno suelto, como si... ¡Pero...!

Rosemary April no pudo decir nada más. El animal que se había acercado a ellos se detuvo, y se quedó mirándolos, moviendo alegremente el rabo. Derek Claydexter quedó un instante pasmado. Luego, miró mosqueado a Rosemary.

—¿Pretende divertirse a mi costa? ¡Este animal no tiene las características de un caballo, sino de un perro!

—Es un perro —jadeó Rosemary—. ¡Pero del tamaño de un caballo!

—Al parecer —comprendió rápidamente Derek—, la doctora tiene aquí los mismos problemas de gigantismo animal que ustedes en su granja, ¿no está de acuerdo?

Rosemary no tuvo tiempo de contestar, porque en aquel momento se oyó una alegre exclamación en el porche de la casa, y ambos miraron hacia allí. Derek quedó impresionadísimo cuando vio a la hermosa mujer de rojos cabellos que se acercaba sonriente a Rosemary.

—¡Querida Rosemary! ¡Qué agradable volver a verte, pequeña!

Derek sonrió contenidamente. Tenía no poca gracia que la doctora tuviese más de treinta años. Alta, hermosa, de grandes ojos de viva mirada, cuerpo escultural moldeado por la bata blanca... Un ser encantador, juvenil, lleno de vida.

Rosemary presentó a Derek tras las efusiones con la doctora, y ésta tendió la mano al ciudadano orbital, sonriendo.

—Encantada de conocerle, profesor Claydexter. Tengo entendido que fue usted quien organizó esta visita. ¿Es cierto?

—Por completo, doctora —sonrió Derek, estrechando la fina mano—. Espero no hacerle perder demasiado de su valioso tiempo.

—Oh, bueno —rió la bella Pamela Cosgrove—, ¡no siempre se ha de estar trabajando, profesor! De cuando en cuando es muy grato conversar con personas queridas..., y conocer gente interesante.

—¿Le parezco interesante? —rió a su vez Derek,

—Por lo menos, y para empezar, me parece usted muy alto, muy atractivo..., y diría que hasta inteligente. Espero que también será simpático. Y en cuanto a interesante, pues... viene usted de una ciudad orbital, ¿no es así? ¡Debe tener muchas cosas que contar!

—¿Sobre una ciudad orbital? —se pasmó Derek—. ¡Claro que no!

—¿Qué le ha pasado a su perro, doctora? —murmuró Rosemary.

—Eso quisiera yo saber —replicó vivamente Pamela, mirando a Rosemary—. Tu padre me dijo que tenéis el mismo hecho sorprendente en vuestra granja.

Oh, bien, vamos adentro, y charlaremos mientras cenamos.

—¿Tiene usted naranjas? —preguntó ansiosamente Derek.

—¡Qué pregunta tan extraordinaria! —rió de nuevo Pamela —. ¡Naturalmente que tengo naranjas! Está usted en la Tierra, profesor, no lo olvide. Pero además, tengo otras muchas cosas de las que ustedes carecen en las ciudades orb...

—Sólo quiero comer naranjas —dijo Derek—. ¡Solamente naranjas! ¡Muchas naranjas en su estado natural!

Pamela Cosgrove soltó otra de sus cristalinas carcajadas, se tomó de un brazo de Derek, y se dirigió hacia el interior de la casa.

CAPITULO VI

—¿Se encuentra bien? —preguntó sonriente Pamela.

—Perfectamente —asintió Derek—, pero... ¿cómo diría yo?... tengo la impresión de estar hinchado.

—Demasiadas naranjas —rió Pamela—. No obstante, eso desaparecerá pronto, profesor, a medida que usted vaya realizando determinada función fisiológica evacuante conocida vulgarmente como orinar... ¿Está seguro de que me lo ha contado, absolutamente todo?

—Seguro, sí.

Estaban ahora en una salita, tomando café. Durante la cena y después de ésta, Derek había puesto a Pamela al corriente de todo lo sucedido desde que la señorita Marshannon se sentara a su lado en la nave, omitiendo, eso sí, su rato de esparcimiento con la azafata en la *box-loving.* Por lo demás, todo había quedado detalladamente explicado.

Y ahora, tras asegurarse de esto, Pamela Cosgrove miraba el transparente tubo que le había entregado Derek, y dentro del cual seguían moviéndose interminablemente aquellos puntitos negros... Por fin, Pamela miró la grabadora digital que había pertenecido a Celia Marshannon, y murmuró:

—Cabe suponer que la señorita Marshannon realizó una grabación aclaratoria de todo esto, profesor. Si me perdonan unos minutos iré a mi despacho a introducir la grabación en la computadora, para obtener la información que, esperemos, nos permita aclarar este extraño asunto. ¿Me permiten?

—No faltaba más —se puso en pie Derek.

Pamela le sonrió, hizo lo mismo con Rosemary, y abandonó la salita, llevándose la placa magnética con la súplica de la señorita Marshannon a Derek, la grabadora digital, y el tubo con los puntitos negros móviles... Derek volvió a sentarse.

—Es muy agradable la doctora —dijo.

Rosemary le dirigió una hosca mirada.

—Ella no es Pamela Cosgrove —replicó, tensa la voz.

—¿Qué? —se quedó mirándola pasmado Derek—. ¿Qué dice?

—Que no es la doctora Cosgrove. Lleva su bata, habla como ella, tiene su aspecto físico y hasta yo diría que su mentalidad..., pero no es Pamela Cosgrove.

—¿Se da usted cuenta... de lo que está diciendo, Rosemary?

—Sí. No es Pamela Cosgrove. Si quiere, lo digo mil veces.

—Pero entonces... ¿quién es? —se estremeció Derek.

—No lo sé —se estremeció también Rosemary—. ¡No lo sé! Al verla no percibí nada anormal, pero a medida que hemos ido conversando... Sé que no es Pamela Cosgrove. Sin embargo, es... absolutamente idéntica a Pamela Cosgrove.

—Eso es... imposible, ¿no le parece?

—Piense usted lo que quiera. En cuanto a mí, todo lo que puedo decirle es que tengo miedo. ¿Sabe usted lo que es el miedo, profesor?

—Todos los seres vivientes saben lo que es el miedo —murmuró Derek—. Algunas personas lo controlan mejor que otras, pero el miedo no es desconocido para nadie. ¿De qué tiene miedo exactamente?

—Esa mujer es... siniestra.

Derek Claydexter se pasó la lengua por los labios. ¿Siniestra?

—Veamos —susurró—. Según entiendo, la doctora Cosgrove es una autoridad en supragenética, ¿verdad? Entonces, ¿qué puede haber ocurrido? ¿Cree que la propia doctora ha... construido un doble de sí misma? ¿Lo cree realmente posible?

—No lo sé.

—¿Con qué fin podría haber hecho semejante cosa.

Rosemary estaba buscando una respuesta cuando la puerta se abrió, y reapareció Pamela Cosgrove, que fue a sentarse frente a ambos.

—La señorita Marshannon —dijo inmediatamente era una agente del SSS... ¿Sabía usted eso, profesor?

—No... No.

—¿Realmente es usted el profesor Claydexter? ¿No será usted también un agente del SSS?

—¡Claro que no! ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—La señorita Marshannon, junto con algunas compañeras más del SSS, estaban en la nave con destino a la Tierra precisamente para vigilar a dos hombres sospechosos que formaban parte del personal de la Biochemical Corporation. ¿Sabe usted por qué eran sospechosos?

—No tengo la menor idea.

—Esos dos hombres, pese a haber adquirido autorización para el viaje por los medios reglamentarios, no eran terrestres...

—¿Qué? —respingó Derek, irguiéndose vivamente.

—No, no lo eran. Al menos, las computadoras de verificación de personalidad sobre todos los pasajeros arrojaron ese dato, junto con otros datos sorprendentes respecto a otros pasajeros, cuyo número no se pudo determinar, sí fueron localizados dos, y la señorita Marshannon recibió la orden de investigarlos. Ella los vio abordar la nave, y convino con sus compañeras que se encargaría de conseguir él portafolios que había llamado su atención. Por lo visto, decidió finalmente no quedarse con el portafolios, sino sólo con uno de los tubos que contenía. Lo consiguió, pero muy pronto se dio cuenta de que, a su vez, ella había sido detectada como enemiga de los extraterrestres que viajaban en la nave. Comprendió que si pedía ayuda a sus compañeras también éstas serían eliminadas, así que decidió dejar el tubo, la grabadora y la placa magnética dentro del portafolios de usted, esperando que los extraterrestres no se fijarían en usted, y que podrían venir aquí. Pero, los extraterrestres supieron que usted había sido vecino de asiento de la señorita Marshannon, y recurrieron a una de las azafatas para saber quién era usted, a qué se dedicaba... Está claro que eligieron a determinada azafata por motivos que ignoro...

—Estuvimos juntos en una *box-loving* —susurró Derek, lívido.

—Ah, eso lo explica. Bien, evidentemente, tras saber todo lo que les interesaba sobre usted, eliminaron a la azafata, y ya en tierra, en cuanto tuvieron oportunidad fueron a pedirle su portafolios, comprendiendo la jugada de la señorita Marshannon. Todo eso tiene sentido, ¿no creen?

—Sí —admitió Derek—. Y recuerdo la insistencia de la

señorita Marshannon en mencionar la Biochemical Corporation… Posiblemente lo hizo porque pensó que yo podía ser uno de esos seres… que se esfuman, pero esta claro que se convenció de que no era así, y por eso me dejó el tubo en el portafolios… ¿Qué contiene el tubo?

—Sólo lo he examinado un momento al microscopio, pero yo diría que son… larvas.

—¿Larvas?

—Espero que sepa usted lo que son larvas, profesor.

—Sí… Claro. Pero eso no pueden ser larvas. El tubo está herméticamente cerrado, así que habrían muerto.

—No son larvas terrestres, en mi opinión.

—¿Quieres decir… que esos seres que se desintegran, esos… extraterrestres las han traído de su… lugar de origen?

—Evidentemente. Calculo que en ese tubo debe haber no menos de cinco millones de larvas. Y están vivas, por supuesto.

—¿Qué pasaría? —susurró Rosemary si ese tubo fuese abierto aquí, en la Tierra?

—No puedo contestar a eso, de momento, querida. Tendría que llevar a cabo un estudio a fondo de esas larvas.

—¿No puede estar usted en un error? —preguntó Derek—. Quiero decir que si los hombres que transportaban ese tubo trabajaban para la Biochemical Corporation quizá se trate sólo de los resultados de algún experimento de nutrición… A fin de cuentas, la Biochemical Corporation es una industria terráquea, y realiza muchas investigaciones con vistas a la consecución de un alimento artificial ideal para el ser humano…. ¿No podrían ser esos… bichos algo así como gérmenes de algún alimento o sustancia nueva destinada a la nutrición de toda la humanidad.

—Si eso fuera así, ¿por qué el SSS habría de enviar personal detrás de los empleados no computados de la Biochemical?

—Entonces… podemos pensar que la Biochemical Corporation tiene algo que ver con esto, ¿no?

—Es una conclusión a la que, sin duda, ha llegado antes que usted la Dirección del SSS, así que cabe suponer que en estos momentos toda la Biochemical está siendo sometida a una

investigación a fondo en todas las ciudades orbitales donde tenga factorías, que creo es en muchas. Si en la nave en la que usted viajaba no hubiera ocurrido nada, todo se habría reducido a que las larvas habrían sido depositadas en manos de alguien aquí, en la Tierra. Pero ahora, la Biochemical debe estar en serios apuros..., y las larvas las tengo yo. En cuanto al portafolios que contenía sin duda más tubos como éste, debió ser recuperado por alguno de los extraterrestres que viajaba en la nave con usted y la señorita Marshannon, y, finalmente, llevado a su destino, sea cual sea éste. Respecto al tubo que usted me ha traído, lógicamente los extraterrestres deben querer recuperarlo... ¿Nadie les siguió hasta aquí, ya que no fueron vigilados o atacados durante el viaje en el heliosfly?

—No... Nada sucedió. Nada.

—¿Avisaron ustedes a algunas autoridades terrestres desde la heliosfly? —miró Pamela Cosgrove a Rosemary—. ¿O sólo lo comunicaron al profesor April?

—Sólo al... empezó Derek.

—Hubo una interferencia de la Vigilancia Espacial —dijo rápidamente Rosemary—, así que ésta debe estar al corriente de nuestro viaje y nuestro destino. No de modo explícito, pero sí debió quedar grabada en su computadora de vuelo esa información.

—Ya —sonrió Pamela Cosgrove—. Lo que significaría que, en determinado momento, si ocurrieran cosas... insólitas en torno a ustedes, la Vigilancia Espacial vendría a hacer indagaciones aquí, en mi granja.

—Por supuesto —asintió Rosemary.

—En ese caso —sonrió más ampliamente Pamela, creo que lo mejor sería que ustedes emprendieran inmediato regreso a la granja que dirige su padre, querida, y que durante el vuelo se comunicaran con él avisándole de su llegada..., a fin de que también ese informe quedase registrado en las computadoras de vuelo de la Vigilancia Espacial..., y ocurriera lo que ocurriera considerasen innecesario venir aquí, ya que ustedes se habrían marchado.

—Se diría que usted no desea en modo alguno que la Vigilancia Espacial venga a su granja, doctora —dijo Derek.

—Ni la Vigilancia Espacial, ni nadie, profesor. Siempre estoy

muy ocupada, así que me molestan mucho las intromisiones, las interrupciones en mi trabajo.

—En ese caso —dijo Rosemary—, lo mejor será que, en efecto, emprendamos el regreso cuanto antes. Yo estoy dispuesta. Conectaré el piloto automático con la computadora de…

—No deben molestarse —sonrió una vez más Pamela—. Alguien hará el viaje por ustedes, evitándoles así molestias y cansancio.

—¿Qué dice usted? —se pasmó Derek—. ¿Cómo puede alguien hacer el viaje por nosotros? No puedo comprender…

La puerta de la salita se abrió, y entraron dos seres. Al verlos, Rosemary lanzó una exclamación de espanto, y ocultó el rostro con las manos. Derek quedó lívido de espanto, inmóvil. Durante unos segundos estuvo mirando a aquellos dos seres, uno de los cuales le contemplaba a su vez a él fijamente, mientras el otro miraba con idéntica fijeza a Rosemary April.

Los dos seres eran de estatura superior a los dos metros, y aparecían completamente desnudos, pero recubierto su cuerpo por un denso pelaje rojo intenso, grueso, áspero. En sus enormes cabezas con puntiagudas orejas se diferenciaban tres ojos asimismo de color rojo, no tenían nariz ni nada parecido, y sí en cambio una enorme boca fláccida, como carente de dentadura. Al extremo de sus fuertes brazos, lo que podían ser manos mostraban solamente tres largos dedos sin vello alguno, que parecían enormes gusanos. No tenían dos piernas, sino tres. No había en parte alguna de su cuerpo nada que pudiera parecer sexo…

Vagamente, Derek Claydexter comprendió, o empezó a comprender muy pronto, lo que había querido decir Pamela Cosgrove respecto a que alguien haría el viaje por ellos.

Lo empezó a comprender cuando, lentamente, el ser alienígena que le observaba fijamente comenzó a sufrir la metamorfosis. Una metamorfosis que llenó de pavor a Derek, porque aquel ser se iba pareciendo con más exactitud a él a cada segundo que transcurría, mientras el otro se iba transformando en una copia de Rosemary April…, y mientras la doctora Pamela Cosgrove sufría la metamorfosis al revés, esto es, regresando a su aspecto idéntico al que habían tenido antes los dos recién llegados.

Cuando el proceso terminó, Pamela Cosgrove era una especie

de gran mono de hirsuto pelaje rojo y tres ojos rojos, mientras que frente a Rosemary y Derek, los otros dos alienígenas eran copias exactas de ellos.

—Deben desnudarse —dijo el impresionante ser que había sido la doctora Cosgrove— y entregar sus ropas a mis amigos, profesor. Y todo cuanto lleven encima.

Rosemary April alzó la cabeza y apartó las manos de delante de sus ojos al oír esto, y al ver ante ella la imagen de sí misma lanzó un gemido, y sus desorbitados ojos quedaron fijos en aquella otra Rosemary April que le sonreía amablemente.

—Espero —dijo el ser anteriormente Pamela Cosgrove— que no será necesario utilizar violencia de ninguna clase. Sería absurdo. Por favor, entreguen sus ropas.

Derek se puso en pie, y comenzó a desnudarse. Rosemary seguía si moverse. Su doble se acercó a ella, y acercó sus manos a su cuerpo…

—¡No me toque! —chilló Rosemary.

—Vamos, no seas tonta —dijo la otra Rosemary April, con la voz de la auténtica Rosemary April—. Podemos conseguir lo que queremos sin necesidad de ser tan amables, querida.

—Creo que será mejor que se desnude —aconsejó Derek.

La auténtica Rosemary le miró, y acto seguido comenzó a desnudarse. Muy pronto estuvieron ambos en cueros, mirando Derek con cierta curiosidad a Rosemary, que cruzaba los brazos sobre sus hermosísimos senos… Oyó su propia voz a su lado, y se volvió a mirar vivamente al falso Derek Claydexter que recogía sus ropas, diciendo:

—Gracias, Derek. ¿Te gustaría saber qué son esas láminas negras que impiden a los terrestres orbitales estar viendo siempre la Tierra, como sería lógico a esa ridícula distancia de sólo cincuenta mil kilómetros?

Derek se estremeció al comprender que todos sus pensamientos y conocimientos habían pasado a aquel ser del mismo modo que su aspecto físico.

—Sí —murmuró—: me gustaría saberlo, Derek.

El otro Derek sonrió.

—Son, efectivamente, formaciones gaseosas, pero no procedentes de estrellas, sino creadas por nosotros. En efecto, hace diez años vuestros que las estamos enviando y colocando en órbita alrededor de este planeta para que, finalmente, no sea divisado desde ningún lugar del espacio, y así, la Tierra será... un lugar secreto utilizable sólo por nosotros. Desde la Tierra se podrá seguir viendo el espacio, pero desde el espacio no se podrá ver la Tierra. Será como si hubiera sido tragada, devorada para siempre por un agujero negro.

—¿Con qué objeto?

Salvo un cambio de planes de última hora, la Tierra será... nuestra granja privada, que nos proporcionará interminablemente terráqueos que serán utilizados... debidamente. Por supuesto, las ciudades orbitales serán... eliminadas.

—¿Las van a destruir? —jadeó Derek—. ¿Van a eliminar diez mil millones de vidas?

—Más o menos, pero no inútilmente, desde luego. Digamos que vuestras ciudades orbitales serán... trasladadas en el espacio hasta nuestra galaxia. Con todos sus habitantes dentro, naturalmente. Y en la Tierra quedarán, como animales de cría, los terráqueos que ya están aquí.

—Pero..., ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué pretenden, qué tratan de hacer con la Tierra, y con los diez mil millones de seres de las ciudades orbitales?

La falsa doctora Cosgrove emitió unos sonidos indescriptibles, y el falso Derek Claydexter la miró, asintió, y no dijo nada más, dirigiéndose hacia la puerta con la ropa de Derek, tras la falsa Rosemary April, que se llevaba la ropa de la auténtica.

En la puerta aparecieron media docena de peludos y rojos seres, que se apartaron cediendo el paso a los falsos Derek y Rosemary... los cuales contemplaban sin poder evitar su asombro como la falsa doctora Cosgrove volvía a adquirir el aspecto de ésta, bellísimo, radiante, sonrientes sus verdes ojos.

—Al principio me costó un poco —rió Pamela—, pero cuando me aprendí de memoria la composición genética de la doctora pude hacerlo siempre que quería, aunque ella no estuviera delante de mí para asumir su modelo. ¿No es perfecto mi aspecto, Rosemary? Oh, para diferenciarme de la doctora Cosgrove pueden llamarme Pam, simplemente. Entiendo que Pam es un diminutivo

cariñoso de Pamela, ¿no es así? De modo que la doctora será Pamela Cosgrove, y yo seré simplemente Pam. ¿De acuerdo?

—¿Dónde está Pamela? —susurró Rosemary.

—Ella está bien, no deben preocuparse. La van a llevar con ella, precisamente. Al profesor Claydexter lo alojaron en una habitación aparte... ¡Qué cosa tan curiosa es el sexo!

—¿Realmente se lo parece? —la miró hoscamente Derek.

—Sí, sí, realmente. Nosotros, en nuestro estado natural, no tenemos sexo desde hace muchísimo tiempo, pues esa ruda y grosera manera de procreación evolucionó hasta desaparecer. Sin embargo, en los terráqueos subsiste ese sistema, que, además, parece que proporciona un gran placer... Es por eso que usted, profesor, desea tanto a Rosemary, ¿no es cierto? Pero —Pam lanzó una simpática carcajada— ella no está dispuesta a utilizar el sexo por el simple placer de éste, como hacen ustedes en las ciudades orbitales. Y ello, no porque lo considere denigrante, inmoral o algo parecido, sino porque, pese á todo, los terrestres residentes en la Tierra siguen prefiriendo, a ser posible, copular impulsados por un sentimiento, y les ofende que, simplemente, se les quiera utilizar como sexo puro, sin más. Hubo un tiempo en que esto se hacía así en la Tierra, pero fue superado, pues todos llegaron finalmente a la reveladora conclusión de que, por muy placentero que sea el sexo, siempre es mejor el sexo por la emoción... ¿No es así, Rosemary, querida? De modo que, profesor Claydexter, nunca tendría usted a Rosemary si antes ella no le amase y usted a ella. ¡Eso se queda para los orbitales! ¿He expresado bien tu postura, Rosemary?

Esta no contestó. Se limitaba a mirar con irritación a la falsa doctora Cosgrove..., y evitando así mirar a la media docena de alienígenas que esperaban en la puerta de la salita.

Fue Derek quien habló:

—Pero si ustedes no tienen sexo..., ¿qué sistema utilizan para reproducirse?

—El de las larvas, profesor.

Derek Claydexter palideció.

—¿Quiere decir... que el tubo que le entregué antes contiene... cinco millones de congéneres de usted, como esos... que están en la puerta?

—Oh, no. Nosotros somos otra clase de larvas, más evolucionadas. El tubo que usted me ha entregado contiene solamente… larvas voraces.

—¿Voraces? ¿Y qué devoran esos… seres tan diminutos?

—Todo.

—Poco pueden devorar unos seres tan pequeños, ¿no?

Pam sonrió dulcemente.

—Sea tan amable de acompañar a mis amigos, profesor. Tenga el buen sentido de no buscar complicaciones, por favor. Si lo hace, no tendremos más remedio que matarlos a usted y a Rosemary.

—Me pregunto por qué no lo han hecho ya.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Salgan ya. Debo ir al laboratorio, a trabajar con las larvas. Tenemos la certeza de que serán muy útiles, al contrario que las anteriores.

—¿Quiere decir que ya trajeron antes larvas a la Tierra?

—Así es —rió Pam—, pero produjeron un efecto contrario al que se esperaba y deseaba: es decir, que en lugar de devorarlo todo lo que hicieron, al ser esparcidos por todo el planeta, fue provocar un… agigantamiento de la vida animal. Todos podemos equivocarnos ¿no está de acuerdo, profesor? Y, acto seguido, enmendar el error, es decir, dejar que los animales agigantados sigan su proceso hasta morir, pero no seguir utilizando aquellas larvas intestinales, que han sido ya destruidas. Serán mucho más útiles estas otras que usted me ha traído. Aunque lo mismo daba, pues habrá comprendido ya que el portafolios con el resto del envío llegó a mi poder. Y, como sabíamos que ustedes venían hacia aquí, pues captamos su ruta…, ¿para que molestarnos en atacarlos durante el viaje?

—Nos ha estado sonsacando para ver cuánto sabíamos y cuánto podíamos haber dicho a otras personas, lo sé —murmuró Derek—. Pero, ¿de dónde son ustedes, cuándo llegaron aquí, qué pretenden, en definitiva?

—Le deseo muy buenas noches, profesor Claydexter. Y ahora, tengan la bondad de acompañar a mis amigos…

CAPÍTULO VII

La posibilidad de saltar desde la ventana del dormitorio al jardín que rodeaba el edificio de la granja existía, ya que la altura del primer piso no era preocupante para un orbital de las condiciones físicas de Derek Claydexter, Pero...

Pero abajo, en el jardín, varios de aquellos seres extraterrestres paseaban silenciosamente, y Derek pudo ver en las manos de algunos de ellos aquellos conos amarillentos..., de los que él ya no disponía, pues se lo habían quitado todo.

Así pues decidió tenderse a descansar y a pensar en busca de alguna solución. No era hombre dado a las aventuras, y, además, estaba Rosemary, que naturalmente pagaría, junto con la doctora Cosgrove, las consecuencias de cualquier intento que él realizase y que molestase a Pam, el ser que, evidentemente, dirigía a los alienígenas allí, en la granja experimental.

En cuanto a sus dobles, ciertamente, habían salido hacia ya mucho rato en la heliosfly de Rosemary, para ir a reunirse con el padre de ésta...

¿Qué podía hacer?

Rechazando idea tras idea, había ido pasando el tiempo, y Derek se sentía al borde de la desesperación No solo por sí mismo y por Rosemary, hacia la cual sentía... una simpatía especial, sino por la suerte que al parecer, aguadaba a toda la humanidad, tanto los terráqueos como los orbitales. ¿Cuál sería el destino final que les tenían reservados los seres de los tres ojos rojos?

De pronto, Derek percibió un cambio ambiental en el dormitorio que le había sido asignado. Volvió la cabeza hacia la puerta, justo a tiempo de ver, al resplandor difuso de la luz lunar, la figura de Rosemary entrando rápidamente y cerrando la puerta.

Derek no se movió, no dijo nada. Se quedó mirando la azulada figura, que tras dar unos pasos hacia el centro del dormitorio se detuvo, y llamó, quedamente:

—Derek...

—Aquí, en el lecho —susurró el orbital.

Hubo como un resplandor de plata cuando el desnudo cuerpo de la muchacha se desplazó hacia el lecho. En la penumbra plateada se distinguía el brillo de los ojos de Derek, que extendió un brazo y tomó a Rosemary de una mano, tirando de ella. La muchacha cedió en seguida a la tracción, y se tendió junto a él.

—He estado con la doctora Cosgrove —susurró Rosemary—. Está bien, pero muy asustada. Ha tenido ocasión de ver a Pam trabajando en su laboratorio, y asegura que sus conocimientos en supragenética están muy por encima de los de ella.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que estamos enfrentados a una forma de vida muy superior a la nuestra. Pamela dice que llegaron en grandes naves indetectables que están escondidas bajo tierra en muchos lugares cerca de esta granja, que ha sido considerada el punto más interesante del planeta, precisamente por la presencia aquí de ella, de Pamela. Al parecer, lo que más les interesa para conseguir sus propósitos es la Supragenética.

—¿Por qué?

—Primero utilizaron unas larvas aeróbicas que esparcieron en el continente americano, sobre todo hacia el Norte. Ahora, piensan realizar, según Pamela, un cruce de las primeras larvas y las últimas.

—¿Y qué puede ocurrir?

—No 1o sé. Pamela está estudiando ese asunto, y buscando una solución, pero dice que no será fácil. Además, Pam no la deja entrar en ningún momento en el laboratorio… ¡Tenemos que escapar de este lugar, Derek, para advertir de lo que ocurra al Gobierno Central de la Tierra!

—¿Crees que no he pensado en escapar? —masculló Derek.

—¿Se te ha ocurrido algo? Pamela dice que por el momento no piensan matarnos, ya que si hubiera algún enfrentamiento entre los terrestres y los alienígenas éstos se ocultarían, y nos utilizarían a nosotros como intermediarios para hacer comprender al Gobierno Central que toda resistencia, cualquier clase de lucha, sería inútil, y que sólo serviría para que muriesen millones de terrestres.

—De modo que es por eso…

—Derek, ¡tenemos que escapar, tienes que encontrar algún medio...!

—Ya he estado pensando en eso, te digo. Y no hay ninguno. Podríamos saltar por la ventana y correr hacia la vegetación, pero seríamos vistos en seguida, y nos convertirían en frío polvo con sus armas amarillas... Seguiré pensando, pero de momento siento tener que decirte que no tenemos ninguna posibilidad. Moriríamos estúpidamente, eso es todo. Y ya encontrarían otros para que les sirvieran de intermediarios... Tu padre, por ejemplo.

—Si... Tienes razón. ¿Puedo... quedarme contigo?

Se veían ahora aceptablemente, ambos cuerpos desnudos con tonalidad de plata. Derek Claydexter sonrió, y deslizó una mano por una mejilla de Rosemary!

—Si lo deseas... —susurró.

—Sí... Sé muy bien lo que deseo... ahora. No quisiera morir sin haberlo conocido.

Derek se acercó más a Rosemary, le pasó un brazo por la cintura, y la besó en la boca. El cuerpo de Rosemary se apretó más contra el suyo. Era deliciosamente tibio y sedoso, turgente, palpitante. Estuvieron besándose y acariciándose largo rato, mientras Derek pensaba vagamente en lo insólito que resultaba que una muchacha de la edad de Rosemary todavía fuese virgen. Al menos, eso se desprendía de sus palabras...

—Derek... —suspiró de pronto Rosemary—. ¡Oh, Derek...!

Le estaba acariciando ansiosamente su más que manifiesta virilidad. Derek acariciaba sus tensas caderas, sus pechos endurecidos por el deseo, y sentía en su rostro la entrecortada respiración de la muchacha. Era absurdo esperar más.

Ella giró, quedando boca arriba, y él se instaló cuidadosamente entre sus prietos muslos tibios. Rosemary gimió ahogadamente cuando él inició su cometido masculino, pero se abrazó a su cuello, y su cuerpo se movió como queriendo fundirlo con el suyo, como si quisiera que, en efecto, se convirtieran los dos cuerpos en uno solo.

En cuanto se produjo la penetración, un tanto dificultosamente, desde luego. Rosemary April emitió otro profundo gemido, y todo su cuerpo se estremeció. Derek supo que ella estaba empezando su vida sexual en aquel momento, y que

sentía un profundo placer que muy pronto alcanzaría la más alta cumbre.

Y mientras seguía llegando al más cálido punto del palpitante cuerpo de Rosemary April, Derek Claydexter murmuró:

—Creo... que empiezo a saber qué es eso que llamáis amor...

***

—Realmente, es maravilloso —suspiró Rosemary— ¡Es muy agradable este acto!

—No entiendo por qué te sorprendes tanto —sonrió Derek en la oscuridad—. Acepto que por respeto a tus... emociones nunca lo hubieras hecho antes, pero ciertamente, debías saber que es muy agradable, Rosemary.

—Sí, lo es... ¡Oh, ya lo creo que lo es! Y volveremos a hacerlo muchas veces, Derek... ¡Pero ahora tengo que marcharme! Creo que a Pam no le gustaría saber que he dejado sola a Pamela y que... ¡Tengo que marcharme!

Se besaron y se abrazaron una vez más. Había transcurrido bastante tiempo desde que llegara Rosemary al dormitorio, y Derek sabía que no tardando mucho se haría de día. No como a él le gustaría ver, lentamente, sino casi súbitamente, pues estaba en la franja tropical del planeta Tierra...

Rosemary deshizo lentamente el beso, y comenzó a separarse de Derek. Antes de salir del lecho, murmuró:

—Sigue buscando el modo de escapar, Derek, y si se te ocurre algo, no dejes de avisarnos a Pamela y a mí.

—Pensaré en ello..., y en ti. Me gustaría explicarte lo que siento ahora por ti, para que me dijeras sí es amor, pero ya hablaremos por la mañana.

—Sí... Sí, amor mío...

La muchacha abandonó la habitación, cerrando la puerta cuando se encontró en el pasillo. Allí, sonrió dulcemente..., mientras su cuerpo iba sufriendo una rápida transformación... En menos de un minuto, dejó de ser Rosemary April para convertirse en Pam, con su rojo pelaje, sus tres ojos rojos, sus tres piernas...

Pero el proceso no terminó aquí, sino que, a los pocos segundos se inició una nueva metamorfosis..., que culminó cuando el ser alienígena quedó convertido en un doble exacto del profesor de astromáticas Derek Claydexter.

Sólo entonces, el ser se dirigió hacia otra puerta de las que daban al pasillo, la empujó, y entro en aquel dormitorio.

—Rosemary —susurró—. ¿Estás despierta?

El cuerpo desnudo de la auténtica Rosemary April se removió en el lecho, su tersa piel relució con destellos lunares ya lejanos.

—¡Derek! —exclamó contenidamente la muchacha—. ¿Qué haces aquí?

Derek se acercó al lecho, y se tendió junto a Rosemary, cuyos ojos estaban muy abiertos.

—He sabido —dijo Derek— que la doctora y tú fuisteis separadas, finalmente, y he esperado el momento oportuno para venir. Puede que nos maten, Rosemary, así que antes he querido decirte... lo que siento por ti.

—Derek... No. Es mejor que te marches. Si se dan cuenta de que estás aquí es cuando te mataran...

—¿Lo sentirías... intensamente?

—Sí... Sí.

—Yo también sentiría perderte. Rosemary, tienes que decirme si lo que siento por ti, lo que deseo, es amor. Siento... no sólo el deseo de gozar contigo, sino la necesidad de saber que tú no sólo gozas, sino que te sientes... feliz emocionalmente por el hecho de ser deseada de este modo...

—Sí... Sí, Derek, me hace feliz ser deseada de ese nuevo modo que estás exponiendo...

—Entonces..., ¿crees que esto es amor, que me he... enamorado de ti, como sugeriste cuando te pedí por primera vez que copulásemos?

—Debe ser amor —susurró la muchacha—. Si, Derek. ¡Y me alegra tanto por ti que puedas sentir algo tan hermoso!

—¿Y tú? ¿Qué sientes tú por mí?

—Yo siento por ti..., lo sentí en cuanto te vi..., siento el deseo

de fundirme contigo física y emocionalmente... ¿Cómo es posible que no comprendieras eso antes? ¡En la Tierra, cualquier hombre al que hubiese mirado y tratado como a ti habría sabido comprender mis sentimientos en seguida! ¿Qué han hecho con vosotros, en qué os han convertido allá arriba?

—Rosemary..., te suplico... que me des un poco de amor... auténtico...

Las manos de Derek Claydexter se posaron sobre los tensos senos de Rosemary April. Esta suspiró profundamente, puso sus manos sobre las de él, como queriendo retenerlas, y susurró:

—Ven... Ven, Derek, amor mío...

El atlético cuerpo de Derek Claydexter se puso en contacto con el no menos ardiente de Rosemary April, y el primer beso fue ávido y profundo por parte de ambos. Rosemary se estremecía bajo cada caricia, y sus senos adquirieron una dureza pétrea. Ella también prodigaba caricias a Derek, quien finalmente, sin dejar de besarla, se colocó entre los palpitantes muslos femeninos.

Rosemary separó un instante su boca de la de él, para suplicar:

—Derek, sé... delicado, es mi primera vez... ¡Y tú eres tan grande y fuerte...!

La última palabra de Rosemary April terminó con un gemido mezcla de dolor y placer cuando el poderío masculino de Derek Claydexter la convirtió en mujer, en compañera de amor y de goces...

Faltaban apenas unos minutos para que el día estallase en la granja experimental de la doctora Cosgrove cuando Derek Claydexter abandonó el dormitorio de Rosemary April, llevándose los suspiros de ésta y los más gratos, hermosos placenteros recuerdos de aquel bello cuerpo terráqueo que se le había entregado tan apasionadamente...

Y de nuevo en el pasillo, el ser dejó de ser Derek Claydexter, para convertirse una vez más en lo que realmente era: un ser llegado de otro mundo al frente de seres como él y que tenían concretos proyectos sobre el planeta Tierra y sus veinte mil ciudades orbitales con sus diez mil millones de habitantes...

CAPITULO VIII

Casi diez horas más tarde Rosemary April y Derek Claydexter tuvieron ocasión de presenciar la llegada de una extraña nave de forma oblonga y extremos puntiagudos. La vieron aparecer de pronto, como si hubiera sido generada allí mismo. Un instante antes no se veía nada ni se oía nada. Y de pronto la nave quedó visible, a unos trescientos metros de la casa, en cuyo porche se hallaban ambos, en compañía de la autentica doctora Cosgrove.

—¿Ha visto eso? —exclamó Derek—. ¡Esa nave tiene que ser de ellos, una de sus naves indetectables...!

—Como si fuese invisible a voluntad —murmuro Pamela Cosgrove—. A muchos de nuestros «grandes» técnicos les gustaría poder examinar esa nave..., que ni siquiera han podido detectar durante su navegación por el espacio terrestre. Por si queríamos una prueba definitiva de la superioridad tecnológica de los alienígenas, ahí la tenemos. ¡Y observad eso!

En el claro donde la nave se había detenido habían aparecido varios extraterrestres, que parecían esperar algo. En un lado de la nave se abrió una compuerta enorme, y varios seres descendieron. La compuerta se cerró. Inmediatamente, la nave comenzó a hundirse en el suelo perforando con uno de sus extremos puntiagudos desapareciendo en cuestión de segundos.

La hosca mirada de Derek se fijó en los seres que habían descendido de la nave, y que caminaban hacia ellos. Seres no ajenos a la Tierra, seres humanos como él mismo, como Rosemary y Pamela, todos vestidos como correspondía en las ciudades orbitales a personas de las altas esferas industriales. Junto a ellos, los alienígenas no podían resultar más estremecedoramente grotescos.

—Son terráqueos —murmuró Rosemary.

Derek no contestó. Seguía mirando a aquellos hombres. Cada uno de ellos llevaba un portafolios negro... Derek notó movimiento a su lado, volvió la cabeza, y vio al ser que se hacía llamar Pam, y que hasta entonces había estado encerrado en el laboratorio de la doctora Cosgrove. Los tres ojos rojos de Pam se fijaron en los claros de Derek Claydexter.

—Ahí tiene, profesor Claydexter: se acerca el momento decisivo para el planeta Tierra. ¿Conoce a esas personas?

—No son personas —rechazó secamente Derek—: tengo la certeza de que son amigos de usted.

—Es usted muy perspicaz. De todos modos, repetiré la pregunta de otra manera: ¿conoce a las personas que mis amigos están reflejando ahora?

Derek miró de nuevo hacia el grupo de aparentes seres humanos que se iban acercando, rodeados de alienígenas.

—No. No conozco a ninguno.

—Cabe suponer que las actividades de usted y las de ellos no son... compatibles en las ciudades orbitales. Usted se dedica a las astromáticas, y ellos a la nutrición. Todos esos «hombres» han estado hasta ahora repartidos en las ciudades orbitales donde hay instalaciones de la Biochemical Corporation, dirigiendo las diferentes factorías de esa empresa dedicada a la fabricación de alimentos artificiales. Pero, como era de temer, tras los incidentes que ya conocemos, la Biochemical ha sido... desarticulada, por el SSS y otras fuerzas de orden y seguridad de las ciudades orbitales. En estos momentos, no existe como tal la empresa llamada Biochemical Corporation..., pero ellos están aquí, así que no se ha perdido gran cosa.

—¿Cómo han podido ellos estar dirigiendo una empresa terráquea? —preguntó la doctora Cosgrove.

—Muy sencillamente: suplantando a las personas auténticas que ocupaban esos altos puestos directivos, y cuyas imágenes estamos viendo ahora.

—¿Y qué fue de los auténticos directivos terrestres de la Biochemical Corporation?

—Desaparecieron... desintegrados. Como usted mismo diría profesor Claydexter, quedaron convertidos... en frío polvo. Después de eso, mis amigos ocuparon sus puestos, y han pasado mucho tiempo trabajando hasta conseguir que las investigaciones de la Biochemical obtuviera un alimento artificial apto para los terrestres, partiendo de una composición que es apta para nosotros. Está claro que nuestros organismos difieren considerablemente, pues ha sido muy laborioso conseguir ese alimento artificial para los terrestres partiendo del nuestro habitual... Pero, finalmente, lo tenemos. Así que todo ha

terminado... y todo esta empezando. Una nueva era comienza para los seres del planeta Tierra.

Pam no contestó. Sus tres ojos contemplaron ahora a los aparentes terráqueos, que estaban ya muy cerca. Llegaron ante el amplio porche en pocos segundos más y Pam emitió unos sonidos, recibiendo como respuesta sonidos parecidos. Uno de los aparentes terráqueos tendió su portafolios a Pam, que lo tomo con sus rojos dedos como grandes gusanos, se sentó junto a Derek y abrió el portafolios, que estaba Lleno de tubos transparentes, todos los cuales contenían una materia roja líquida, pero muy densa.

La mano de Pam tomó uno de los tubos, y lo acercó a Derek.

—He aquí —dijo— el nuevo alimento eterno para la humanidad terráquea, profesor Claydexter. Como le decía antes, mis amigos lo han conseguido. Y justo a tiempo. Le diré a usted que para obtener en el futuro este alimento no necesitamos absolutamente para nada el planeta Tierra. Ya no lo necesitamos para nada absolutamente, así que será inutilizado. Oh, bueno, se entiende que sólo en cuanto a su función de abastecedor de alimentos para los terráqueos, claro.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Intentaré resumírselo con toda claridad. Nosotros, en nuestra galaxia, estamos empeñados en una serie de luchas por la hegemonía total, así que precisamos ayuda en dos puntos básicos. Uno: esclavos que trabajen en nuestras factorías bélicas produciendo nuestras armas y naves que ustedes, evidentemente, considerarían... muy sofisticadas. ¿Sé dice así? Dos: soldados que vayan a luchar por nosotros contra nuestros enemigos: algo así como... robots de altísimo nivel, naturalmente tras ser debidamente adiestrados. Los terrestres tienen una gran ventaja sobre nuestros robots bélicos: piensan. No siempre bien, todo hay que decirlo, pero piensan. Lo que significa que si determinado momento se produce una situación no prevista en una batalla espacial, no quedarían inutilizados como nuestros robots programados, sino que utilizarían sus propios circuitos mentales ya controlados por nosotros para tomar decisiones adaptadas al curso de la batalla, con lo cual, la sorpresa de nuestros enemigos se convertirá en derrota. Así pues, como precisamos obreros y soldados, nos vamos a llevar a nuestra galaxia sus veinte mil ciudades orbitales. ¿Lo entiende, hasta aquí?

Derek asintió, pero sólo pudo hacerlo moviendo la cabeza. Estaba tan pálido como Rosemary y la doctora Cosgrove, los tres mudos de espanto.

—¿De verdad lo entiende? —insistió Pam.

—Creo... creo que sí —consiguió articular Derek—: dotarán a nuestras veinte mil ciudades del adecuado medio de propulsión, y las... trasladarán a su galaxia.

—Exactamente. Es decir, que dentro de muy poco, ya no quedará ciudad alguna orbitando este planeta, y diez mil millones de... obreros-soldados-robots comenzarán ya sobre la marcha a ser instruidos respecto a lo que se espera de ellos...

—¡No conseguirán dominarnos! —jadeó Derek—. ¡Usted mismo ha dicho que nosotros pensamos, así que...!

—Sí piensan, pero... también comen. Permítame explicarle lo que va a suceder con el planeta Tierra. Dentro de poco, mi trabajo de esta noche hasta determinada hora dará su fruto. Si he tenido éxito, las larvas que han sido tratadas con el virus aeróbico adquirirán un tamaño superior a cuanto ustedes puedan imaginar. Larvas voraces, profesor. Una vez comprobado el éxito de mi labor, los cinco millones primeros de larvas voraces serán agigantadas... y esparcidas por todo el planeta. En poquísimo tiempo habrán terminado con toda manifestación de vida vegetal en el planeta. Como consecuencia de ello, la mayor parte de la vida animal también desaparecerá. Estoy hablando de los animales herbívoros que sirven para la alimentación de los terrestres. Los animales carnívoros serán luego fácilmente exterminados. Y así, tendremos que en poco tiempo el planeta Tierra estará exento de toda manifestación de vida, tanto marina como terrestre. La Tierra será... como un pedrusco yermo. Y en ella quedarán solamente los seres humanos..., que tendrán que comer si no quieren perecer. Pero, no tendrán nada para comer..., excepto nuestro alimento artificial, al que podemos llamar Nut. ¿Y cómo cree usted que los terrestres podrán conseguir el Nut, profesor Claydexter?

—Sólo si ustedes se lo proporcionan —casi gimió Derek.

—Exactamente. Llegamos por fin a la situación deseada: no dispondrán ustedes de más alimento que el Nut, y sólo lo obtendrán, tanto los habitantes del planeta como los de las ciudades orbitales, sí se muestran sumisos a nosotros. En cuanto dejen de hacerlo, todos morirán. Pero dudo mucho que ustedes se

resignen a dejar de formar parte de las múltiples manifestaciones de vida del universo, así que se rendirán a nuestras condiciones de supervivencia. Entonces, los habitantes de las ciudades orbitales y sus descendientes serán utilizados en nuestra galaxia..., mientras aquí, en la Tierra, los que queden se irán reproduciendo incesantemente, de modo que nosotros nunca estaremos escasos de terrestres para nuestras necesidades. Cada veinticinco años, la población del planeta será... aligerada: nos llevaremos los seres aptos para nuestros planes, y los demás seguirán reproduciéndose. Y así, para la eternidad..., mientras nosotros seguiremos conquistando galaxia tras galaxia con los magníficos robots que son ustedes. Y ahora, si me lo permiten... ¿se dice así?... tengo que llevar a cabo una pequeña conferencia con mis amigos llegados de las ciudades orbitales.

Pam se dirigió en su idioma a los recién llegados aparentes terrestres, y en cuestión de segundos éstos regresaron a su estado natural. Era escalofriante ver a aquellos seres enormes y peludos con la indumentaria terrestre, que se había tensado y reventado por fin bajo el mayor volumen de los peludos cuerpos.

—Dígame una cosa —murmuró Derek—: ¿por qué cuando tienen ustedes nuestro aspecto se les tornan rojos los ojos en ocasiones?

—Eso sucede cuando tenemos miedo, profesor. Se produce entonces una regresión a nuestra condición natural, que se manifiesta en el color de los ojos... No tengo más tiempo para perder con ustedes.

—Sólo quiero decirle una cosa más —susurró Derek—: nunca lo conseguirán. Jamás dominarán a los terrestres... ¡Jamás!

—En ese caso, si comprobásemos que realmente son ustedes tan difíciles de controlar, buscaríamos obreros-esclavos en cualquier otra galaxia, profesor. Las hay a millones en el universo, así que eso no nos preocupa. Pero ya elegimos la Tierra, nuestra labor de diez años ha terminado..., y no tenemos por que buscar mas.

Pam dio la vuelta y se adentró en la casa, seguida por los recién llegados.

Todo quedó en silencio. Derek Claydexter tuvo por un instante, la sensación de que estaba bajo los efectos de un sueño. Nada de aquello era realidad. Ni siquiera su viaje a la Tierra, sus... vacaciones. Seguramente, despertaría de un momento a

otro, y se encontraría en AVR-0046 descubriendo que había estado soñando que hacía algo importante y que le daban el Gran Premio: vacaciones en la Tierra…

—¿Qué podemos hacer?

La voz de Rosemary le hizo volver a la realidad. La realidad indiscutible. No se trataba de un sueño. Miro a la muchacha.

—No lo sé —murmuró—. Cualquier cosa que se me ocurra me lleva a la misma conclusión: seriamos convertidos en frío polvo sin haber conseguido nada positivo. ¿No se le ocurre a usted nada, Pamela? Como experta en supragenética…

Pamela Cosgrove movió negativamente la cabeza.

—Podría intentar entrar en el laboratorio, y si consiguiera examinar esas larvas y los virus aeróbicos, quizá consiguiese algo —murmuró—. Pero tiene usted razón: si lo intentase, sólo conseguiría que me convirtieran en frío polvo… a cambio de nada.

— Pero algo tenemos que hacer… ¡Cualquier cosa!

De nuevo quedaron los tres en silencio. Por todas partes se veían seres alienígenas yendo de un lado a otro, dueños absolutos de la granja experimental de la doctora Cosgrove, convertida en su base central de operaciones.

Base central de operaciones.

—Deberíamos encontrar el medio de matarlos a todos —susurró Derek—. Si lo consiguiésemos, y en su galaxia dejasen de recibir noticia de ellos, comprenderían que su misión en la Tierra había fracasado, y buscarían en otras galaxias, tan lejos de nosotros que jamás volveríamos a saber de ellos… ¡Nos tendrían miedo!

—Seguramente, sería así —admitió Pamela—, pero no creo que podamos terminar con ellos de ninguna manera. Además, debe haber más seres de éstos en otros puntos del planeta.

—Sí, pero…, ¿qué sería de ellos faltos de la dirección de Pam, y de sus posibilidades de contacto con su galaxia? En poco tiempo, nuestra Vigilancia Espacial, y otros cuerpos de seguridad, habrían terminado con todos. No debemos preocuparnos por los que no están aquí, sino por los que tenemos *a nuestro alcance.* Si éstos desaparecen, todo habrá terminado para estos seres en cuanto a la Tierra se refiere.

—Sí, sí —se impacientó Pamela—. Pero, ¿cómo terminar con ellos? No tenemos ni siquiera armas de las nuestras... ¡No disponemos de nada absolutamente que pueda...!

—Quizá sí —deslizó Derek—: disponemos de un arma que ellos mismos nos han facilitado.

Las dos mujeres se quedaron mirando con incierta esperanza al profesor de astromáticas.

—¿A qué arma te refieres? —preguntó Rosemary.

—Ellos tienen un poder mimético que ya hemos comprobado, ¿no es cierto? Pueden adoptar cualquier forma humana, al parecer tan sólo estudiando nuestros genes, asumiendo entonces nuestra apariencia. ¿Por qué no podemos servirnos de eso?

—¿De qué modo? —se pasmó Pamela.

—Se puede intentar... Yo voy a entrar en la casa, y saldré por otra puerta, o por una ventana. Me acercaré a uno de ellos que esté armado con uno de esos conos amarillos, y le hablaré como si yo fuese Pam...

—¡Está usted loco! —exclamó la doctora Cosgrove—. ¡Jamás conseguiría engañarlo!

—¿Ni siquiera por unos segundos, ni siquiera el tiempo suficiente para arrebatarle su arma y matarlo? ¡Sería nuestra primera arma, y con ella podríamos ir consiguiendo más!

—Derek, no —gimió Rosemary—. ¡Te matarían en seguida, se darían cuenta...! ¡No!

—¿No? Bueno, dime entonces qué vamos a hacer, qué es lo que nos aguarda a todos nosotros, sino la muerte, de todos modos.

—Pero... no quieren matarnos, quieren... que nos quedemos aquí, como... reproductores.

—¿Y eso te satisface plenamente, ése es el futuro que estás dispuesta a aceptar?

—Estaríamos juntos...

—¡Ya sé que estaríamos juntos..., teniendo hijos para que dentro de veinticinco años fuesen llevados a su galaxia y convertidos en obreros-soldados! Oh, sí, estaríamos juntos, viviendo nuestra vida de amor, produciendo hijos y más hijos

para ellos… Rosemary: te amo. Pero piénsalo: ¿ése es el futuro que quieres para la raza humana y para nuestros hijos en particular?

Rosemary April aspiró profundamente, y de pronto en sus hermosos ojos apareció un destello de rebeldía.

—Tienes razón, mi amor… ¡Te ayudaré! ¡Haré lo que sea necesario, todo lo que me digas:

—Yo también —se reanimó Pamela—. Seguramente, entre los tres conseguiremos más que usted solo, Derek.

—Así me gusta —sonrió el astromático—. Bien, ya que estamos dispuestos a jugarnos la vida a fin de salvar la Tier…

La Tierra tembló.

Pareció, totalmente, que todo el planeta Tierra fuese sacudido brutalmente, golpeado, zarandeado por el más tremendo de los terremotos…

CAPITULO IX

Los tres se pusieron en pie, sobresaltadísimos, casi perdiendo el equilibrio acto seguido. Frente a ellos, los alienígenas que deambulaban por allí se volvieron todos hacia la casa..., que estaba crujiendo.

Resonó el fuerte estruendo, y la fachada reventó, casi atrapando a Derek, Rosemary y Pamela, que se apresuraron a saltar del porche y correr, alejándose de la casa..., cuyo techo saltaba en aquel momento con fuerte crujido. Mientras corría alejándose de la casa, Derek creyó oír algo que podrían ser alaridos de pavor, pero el rumor de la casa reventando lo ahogó todo. Por delante de él, como paralizados, los alienígenas miraban hacia la casa, y Derek vio en sus rojos ojos un destello deslumbrante, una intensificación del rojo tono. Comprendió en el acto que ellos tenían miedo en aquel momento.

Pero no de los tres terrestres que se les acercaban corriendo, y a quienes ni siquiera miraban, sino de algo que había o que ocurría en la casa. Derek volvió la cabeza, y lo que vio le produjo tal espanto que estuvo a punto de rodar por el suelo arrastrando a Rosemary, a la que llevaba de una mano.

Dio unos pasos, se detuvo, y se volvió, desorbitados los ojos.

—¡Astros de todos... los cielos...¡ —jadeó.

Efectivamente, el tejado de la casa había saltado, y las paredes habían sido derribadas en su totalidad. Y ahora, por encima de las ruinas de la casa aparecía... ¿una cabeza?

¿Era una cabeza aquello?

Pero una cabeza... ¿de qué?

—¡Oh, Dios mío! —gimió la doctora Cosgrove—. ¡DIOS MIO!

Una esfera redonda, negra, pero dotada de más de veinte grandes bolas rojas repartidas por toda ella, sobresalía de !a casa. La esfera debía tener un diámetro no inferior a los tres metros, las bolas rojas eran del tamaño de grandes melones... Y de pronto, entre estas bolas rojas se abrió una grieta enorme, en la que relucieron afiladas aristas también rojas. Junto a esta primera «cabeza» apareció en seguida otra, y acto seguido otra, y otra, y

otra..., mientras iban apareciendo también enormes masas negras, relucientes, alargadas, dotadas de pequeñas extremidades, como rudimentarios pedúnculos que comenzaron a moverse.

Las cabezas se fueron separando, las formas se fueron diferenciando unas de otras, como gigantescos, enormísimos gusanos negros que comenzaron a desplazarse lentamente. Su longitud, de unos diez metros, comenzaron a crecer, alcanzando rápidamente los quince metros, los veinte...

Rosemary lanzó un alarido cuando una de las cabezas quedó prácticamente sobre ellos, y esto hizo reaccionar a Derek y Pamela, que dieron media vuelta y reanudaron su carrera, alejándose. Cerca de ellos, varios alienígenas, con los ojos como puro fuego, estaban apuntando sus conos amarillos hacia aquellas formas gigantescas, que a cada desplazamiento hacían temblar el suelo pavorosamente.

—¡Son... son las larvas...! —jadeó Pamela Cosgrove—. ¡Dios mío, son las larvas agigantadas...!

—¡Calle y corra! —aulló Derek.

Por detrás de ellos ahora, los alienígenas estaban disparando ya sus armas contra las larvas agigantadas por los virus aeróbicos... Un nauseabundo hedor comenzó a extenderse rápidamente por toda la zona, y unos estremecedores sonidos se expandieron junto con el extraño e insoportable olor a fuego y putrefacción. Era tan fortísimo aquel hedor que los tres terrestres experimentaron náuseas intensas, hasta el extremo de que se marearon y rodaron por el suelo. Se pusieron de rodillas, vueltos hacia donde había estado la casa. Con ojos desorbitados contemplaron cómo algunas de las larvas humeaban bajo los efectos de los disparos de los alienígenas..., pero seguían moviéndose... y creciendo. Su tamaño era ahora de treinta metros como mínimo, como la más gigantesca ballena terráquea.

Quizá había una docena de aquellas larvas agigantadas. No más de una docena, pero... estaban... estaban...

Rosemary ocultó el rostro tras las manos cuando una de las gigantescas cabezas descendió sobre un grupo de tres alienígenas. La gigantesca boca roja se abrió, y los tres seres fueron engullidos en un instante. La doctora Cosgrove cerró los ojos. Estaba, como suele decirse, muerta de miedo y espanto.

Solamente Derek Claydexter se mantuvo relativamente

sereno, observando cómo las larvas gigantes iban devorando a los alienígenas uno tras otro o en grupos, absorbiéndolos en sus enormes fauces. En menos de un minuto, no quedó ni uno solo a la vista.

Entonces, sucedió algo increíble y todavía más espantoso: las larvas utilizaron sus pedúnculos para escarbar en la tierra, dejando al descubierto una tras otra varias naves parecidas a la que los terráqueos habían visto llegar hacía poco. Las sacaban del subsuelo como si fuesen gusanos, las destrozaban con sus fauces, y devoraban a los alienígenas que salían o caían de ellas. En dos minutos, la zona quedó convertida en un paraje lunar, todo polvo, pues las larvas no sólo devoraban a los alienígenas, sino toda la vegetación que estaba a su alcance. Lo devoraban todo, todo, todo...

Y de pronto, Derek Claydexter se dio cuenta de que ellos tres estaban en el centro de la devastada zona, en el centro de aquel horror, y de que no habían sido atacados..., ni parecía que eso fuese a suceder.

El silencio, súbito, era ahora pavoroso. Rosemary y Pamela se atrevieron a mirar a su alrededor, y apenas abrían la boca para gritar, cuando Derek susurró:

—No gritéis, no os mováis... ¡No hagáis nada!

Se quedaron los tres inmóviles. A su alrededor todavía quedaban algunos árboles y matorrales. Una de las larvas desplazó su corpachón negrísimo hacia allí, lentamente, y la enorme cabeza descendió, se cernió sobre los tres terráqueos. Las gigantescas fauces se abrieron..., y la vegetación en torno a ellos fue engullida velozmente. Los rojos globos, sin duda ojos, reflejaron multitud de veces, como en rojos cristales, los cuerpos de Derek, Rosemary y Pamela, inmóviles. La boca se acercó a ellos, pero ni siquiera se abrió. Tan sólo con extender un brazo habrían podido tocar la boca de la larva, pero estaban pura y simplemente petrificados por el miedo.

Durante unos segundos, como husmeando sus cuerpos, la boca de la larva estuvo sobre ellos. Luego, se retiró, y la larva se fue desplazando en otra dirección, igual que hacían las demás. Cuatro de ellas yacían inmóviles, humeantes sus cuerpos, cerca de las ruinas de la casa. Las demás se fueron alejando, devorando todo vestigio de vida vegetal, dejando convertida la zona en un auténtico desierto, arrancando raíces, árboles, matorrales de todas

clases...

—No nos han devorado —tartamudeó Rosemary—. ¡No nos han devorado a nosotros!

—Sólo ingieren vida vegetal —dijo Pamela—. Y a los alienígenas.

—Pero..., ¿por qué? ¿Por qué a ellos sí y a nosotros no?

—Sólo se me ocurre una explicación: el odio. A nosotros no nos odian, y somos... carne extraña. A los alienígenas, de cuyo planeta o astro proceden, los odian. Los han devorado a todos. ¡A todos!

—Pero... pero van a terminar con toda la vegetación del planeta...

—No —negó Pamela Cosgrove—. No saldrán del istmo americano: las naves de nuestra Vigilancia Espacial las destruirán antes de que lleguen al mar, o de que puedan ir hacia América Norte o América Sur. No tendrán dificultad alguna en hacerlo desde el aire..., y dentro de poco, en esta zona tropical no quedará ni recuerdo de esas larvas...

—¡Las larvas! —exclamó Derek, poniéndose en pie de un salto—. ¡Hay cinco millones de larvas en la casa..., y quizá cientos de millones más en otros tubos, en los que la señorita Marshannon dejó en el portafolios! ¡Tenemos que destruirlas!

Pamela Cosgrove palideció una vez más.

—Si alguno de los tubos se ha roto, o estaba abierto, las larvas se habrán esparcido por todas partes..., tan sólo a impulsos del viento. ¿Y cómo vamos a encontrar esos tubos en las ruinas?

—Tenemos que encontrarlos, tenemos que remover esas ruinas sea como sea. ¡Aunque sea con nuestras manos, de momento!

—Está bien. Pero si encontramos un solo tubo abierto, no sé qué pasará con nuestro planeta, Derek.

—¡Vamos a remover esas ruinas ahora mismo!

* * *

El último tubo fue finalmente hallado, intacto, por uno de los agentes de la Seguridad Central, que habían llegado hacía más de

una hora en varias naves, y que se habían apresurado a ayudar a los desfallecidos Derek, Rosemary y Pamela.

El hombre lanzó una exclamación al remover uno de los cascotes, y en seguida señaló ante él. No se habían utilizado máquinas de ninguna clase para remover los escombros, por temor a que alguno de los tubos no roto pudiera romperse entonces. Todo se había hecho a mano, primero los tres solos, luego ayudados por casi un centenar de hombres, que fueron apartando los cascotes más pesados trabajando en grupos, y luego individualmente por entre las piezas más pequeñas de la destrozada casa, alrededor de cuyas ruinas se veían cientos de hombres y gran cantidad de naves de todas clases.

A corta distancia de la casa, la doctora Cosgrove aguardaba, teniendo ante ella el portafolios que había viajado en la nave que cubría el trayecto de Ciudad Orbital AVR-0046 a la Tierra. En dicho portafolios, que ni siquiera había sufrido una sola abolladura aunque sí había sido encontrado abierto, habían sido colocados los tubos con larvas a medida que eran encontrados, casi todos muy cerca del portafolios. Cada tubo tenía su propio lecho, el alvéolo donde había viajado. Todos ellos habían sido encontrados herméticamente cerrados, y aunque esto hacía suponer que el que faltaba también sería encontrado cerrado e intacto, subsistían ciertos temores.

Los temores de que el tubo que faltaba, alejado de los demás, debía ser lógicamente el que Pam había recibido de manos de Derek, y del cual había extraído la docena de larvas. Si tras esta operación, Pam había cerrado el tubo, todo terminaría felizmente. Pero si Pam no se había molestado en cerrarlo, cosa poco creíble, o, y esto ya era más creíble y posible, no había tenido tiempo...

—¡Aquí está! —gritaba el hombre que lo había encontrado—. ¡Lo tengo, aquí está!

—¡No lo toque! —gritó Pamela Cosgrove—. ¡Déjeme verlo a mi primero!

Se acercó, se metió entre las ya muy esparcidas ruinas de la casa, y se acuclilló ante el tubo. Cuando se irguió, los agotados Derek y Rosemary estaban junto a ella, mirándola ansiosamente.

—Bueno —sonrió la doctora Cosgrove—: seguirá usted comiendo todas cuantas naranjas quiera en el futuro, Derek. El tubo está, como los otros, herméticamente cerrado.

—¿Y finalmente? —preguntó el profesor Newton April.

—Finalmente, señor —explicó Derek Claydexter—, la doctora Cosgrove se hizo cargo del tubo, igual que de los restantes, y procedió a destruir las larvas en cuanto fue llevada a un laboratorio adecuado.

Newton April se estremeció, no sólo pensando en lo que habría sucedido si alguno de los tubos se hubiera abierto, sino en el tremendo sobresalto que había experimentado no mucho antes cuando seis miembros de la Guardia Nacional de Seguridad habían llegado tranquilamente a su granja, preguntando por él, y, nada más ver a su hija y a su simpático visitante el profesor de astromáticas Derek Claydexter, los habían matado a ambos, ante sus propios ojos.

Sólo la rápida aparición de otra Rosemary y otro Derek pudo hacer entender sin volverse loco al profesor April lo que había sucedido, es decir, que había tenido en su granja, como su hija y su invitado a dos alienígenas…, que se habían convertido en frío polvo, tan rápidamente, que ni siquiera tuvieron ocasión de mostrar en sus ojos el color rojo del miedo.

—Bien… Parece que hemos salido de una… pesadilla, ¿no es cierto? —murmuró, intentando sonreír—. Y creo que por hoy es más que suficiente para todos nosotros. Mañana seguiremos hablando…, si es que todavía permanece usted con nosotros, profesor Claydexter.

—He solicitado destino permanentemente en la Tierra, señor —le sonrió Derek—. Y se me ha asegurado que me lo van a conceder, debido a mis… méritos no ya científicos, sino personales al haber sabido afrontar este asunto que ha salvado ni más ni menos que el planeta Tierra, veinte mil ciudades orbitales…, y a toda la raza humana.

—No es poco, desde luego —asintió Newton April—. Caramba, me gustaría saber si estará usted lo bastante cerca de mí para ayudarme en mis estudios de astromáticas, muchacho.

—Estaré en todo momento muy cerca de usted… —rió Derek—, después de dedicar un tiempo bastante largo a conocer de

verdad el planeta. Precisamente, profesor, quería preguntarle si tendría usted inconveniente en que Rosemary me acompañase. Mis vacaciones en la Tierra serán mucho mejores con ella a mi lado… No sé si me entiende, señor.

—¡Vaya si le entiendo! —rió Newton April—. ¡Caramba, aquí abajo tampoco somos tan tontos! Bien, seguiremos conversando mañana… Por hoy, ha sido más que suficiente, de veras. ¡Estoy agotado!

Media hora más tarde, Derek Claydexter demostró que no estaba agotado, cuando se presentó silenciosamente en el dormitorio de Rosemary, que le esperaba desnuda en el lecho. En la ventana, el resplandor vivísimo de la Luna daba a todo una tonalidad encantadora.

—He esperado a estar seguro de que tu padre se dormía —dijo Derek, tendiéndose junto a Rosemary—. Aunque me parece que no le importaría esto en absoluto, sabiendo que te amo.

—Oh, Derek, ¿realmente me amas? ¿Estás seguro? ¡después de explicarme tan detalladamente cómo os tomáis allí arriba todo esto…!

—Estoy seguro de que te amo —dijo él, comenzando a besarla en los hombros—. Por eso he venido. Por eso, y porque esta vez me tocaba a mí venir a tu dormitorio.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, puesto que la otra noche fuiste tú la que vino a mi dormitorio…

—¿Yo? ¡Fuiste tú quien vino a mi habitación en casa de Pamela!

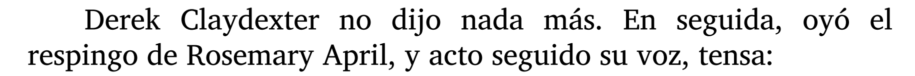
—Vamos, vamos, Rosemary. Sabes muy bien que fuiste tu la que vino a mi dormitorio.

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Fuiste tu quien vino a meterse en mi lecho…!

— Está bien, como quieras…

—¡No se trata de lo que yo quiera, sino de la verdad!

—Pues en ese caso, querida, siento decirte que la verdad es la que yo…



Derek Claydexter no dijo nada más. En seguida, oyó el respingo de Rosemary April, y acto seguido su voz, tensa:

—¿No fuiste tú quien…?

—No —susurró Derek—. Y tampoco fuiste tú quien me visito a mí, ¿verdad?

—Pe…pero… entonces… entonces…

—Entonces, fue Pam quien estuvo con los dos haciendo creer a cada uno de nosotros que era el otro

—Pero eso… ¡eso es espantoso! ¡Resulta que yo lo hice con… con… un extraterrestre!

—Sí —deslizó casi riendo Derek—, y yo también. Pero a todos los efectos de recuerdos emocionales y sexuales, los dos estuvimos juntos. Primero te tuve yo a ti, luego tú a mí, y aunque ni tú eras tu ni yo era yo si eran nuestros cuerpos los que… O sea. Bueno lo que quiero decir…

—Derek, ¿por qué no dejas de hablar… y nos amamos ahora siendo cada uno quien es? ¡Debo confesarte que me gusto!

—Bueno —refunfuñó Derek Claydexter—, te aseguro que no voy a quedar peor que un alienígena que utilizo mi cuerpo. O sea que…

—Hablas demasiado —susurró Rosemary, atrayéndolo sobre su cuerpo.

Cuando sus bocas se unieron, cuando sus cuerpos se fundieron en el placer de uno solo, todavía tuvo Derek un instante de lucidez para pensar que, ¡por fin!, empezaba sus vacaciones en la Tierra. Para siempre.

FIN

[1] SSS. Sigla del Space Secret Service, organismo de vigilancia y control en las ciudades artificiales y en todo su entorno aéreo

[2] *Box-loving:* cabina de amor.